con mucho, muchísimo frío, y que ahora me encuentro metido entre estos dos montoncitos de nieve calentita, que es como yo decía que debería ser la nieve de todo el invierno. Pero ¿qué veo? Dos granillos purpurinos, que se me antojan aquellos de granada de que vive hablándome el canario de España de nuestra vecina, y que él dice son como pedacitos de rubí, dulcísimos y sabrosos. Ganas me dan de probar uno. Vamos, que no me lo he de comer, porque luego no digan, con razón, que los gorriones somos golosos y rapaces. Probarlo, nada más que probarlo; y eso por la maldita curiosidad. ¡Ea!

Y el muy pillo estiró el cuello, tomó puntería, y ¡zas! tamaño picotazo clavó en el granillo rubicundo.

Lesbia lanzó un grito; llevóse rápida las manos al seno, reventó los botones del abrigo, abrió de un tirón la basquiña, hizo saltar los botones del corpiño, apartó la tibia camisilla, sacó de allí con rabia y grima al malvado, y lo arrojó sin misericordia en medio de la nieve, airada y ruborosa, exclamando:

—¡Ingrato!

NICANOR BOLET PERAZA.

Nueva York.

PRIMAVERA

Después de que el Otoño ha despojado
al árbol de sus galas, y no quedan
más que las hojas que marchitas ruedan
al impulso del cierzo despiadado;
viene Mayo y lo enflora enamorado,
cortinas de campánulas se enredan
al follaje glorioso, sin que puedan
contra él ni sol ni viento desatado.
Mi corazón, que te ama, y lucha, y siente,
ha renacido con la vez primera
que me hirió tu mirada dulcemente.
Y hoy, con la sed de amores verdadera,
llevo un mundo de sueños en la mente,
llevo en el alma luz y primavera.

VICENTE ACOSTA.

Méjico.

LA ENAMORADA DEL SOL

A MI BUEN AMIGO, EL DISTINGUIDO LITERATO R. MONNER SANS

—¡A los pies de usted, hermosa!
zumbó un insecto á una rosa,
que con su manto de grana,
erguíase soberana
del alba á la luz dudosa.
—¡Es usted un atrevido!
dijo la flor con viveza;
ni iguales hemos nacido
ni disculpa su franqueza
tan importuno cumplido.
—Pues siento que, desdeñosa,
destruya usted mi proyecto
de hacerla un día mi esposa;
quede con Dios, doña rosa.
—Vaya con Dios, don... insecto.
—Me voy, sí, ya que, inhumana,
me trata con tal desvío,
tal vez porque se engalana
con regio manto de grana
y diadema de rocío.
Humilde soy, es muy cierto,
¿y qué flor, por lo que advierto,
á dar su mano se aviene
á un insecto que no tiene
sobre qué caerse muerto?
—¡Déjeme usted en buena hora!
—¿Por qué? ¿porque ese arrebol
que las blancas nubes dora,
anuncia que viene el Sol?
¡no lo niegue usted, señora!
¡usted le ama! ¡usted le quiere!
¡usted por el Sol se muere,
sin que en sus regios amores
obtenga de él más favores
que el rayo con que la hiere!
¡Todo lo sé, desdichada!
—¿Quiere usté hacerme enojar?
—Me lo contó en la enramada
la brisa, escandalizada...
¡si la oyera *murmurar!*



—Comprendo porque me veja,
pues la envidia la consume
y tiene esa maña vieja...
¡le doy todo mi perfume
y en cambio me despelleja!
Pero... en fin, ¡márchese usté!
¡ni aun siquiera me miré
en el azulado espejo
de la fuente!...
—Pues la dejo
entregada á su *toilette*.

. . . .

Echó el insecto á volar,
lleno de amorosa pena,
hacia un obscuro encinar,
no sin decir al pasar
un piropo á una azucena.
Trató de dar al olvido
á la envanecida rosa,
de quien quiso ser marido,
mas, de amor el pecho herido,
no pudo lograr tal cosa.
Volvió otro día al rosal
y volvió para su mal,
pues la flor que vió lozana
con regio manto de grana
y con diadema real,
ya en su tallo no se erguía,
y en tanto que su capuz
la negra noche tendía,
¡su amor, del Sol, descendía
hasta á un gusano de luz!

CASIMIRO PRIETO.

LA FELICIDAD

Amarse hasta el delirio, devorarse
á miradas, turbada la razón;
hablarse quedo, quedo, y al oído
con temblorosa voz.

Quedar á solas juntos un instante,
estrecharse las manos con pasión,
temblando aproximarse y en un beso
desfallecer de amor!

NIEVES XENES.

NUESTROS COLABORADORES



Dr. D. Ernesto Quesada

DISTINGUIDO LITERATO ARGENTINO

Miembro corresponsal de la Real Academia de la Lengua y de la Academia de la Historia, de Madrid

LA NOCHE DE ITUZAINGO

(FRAGMENTO DEL LIBRO «LA GUERRA DEL BRASIL.—1827.»)

Pocas batallas han tenido el epílogo terriblemente dramático que caracteriza á la victoria que el 20 de Febrero de 1827 obtuvieron las tropas argentinas mandadas por Alvear, sobre el formidable ejército imperial que guiaba el marqués brasilero Barbacena.

La batalla había principiado al amanecer del día 20, después de varios días de marchas forzadas de ambos ejércitos. Alvear venía retirándose precipitadamente con el ejército argentino. Abandonado el río Casequi, se adelanta á vadear el Santa María, atravesando los inmensos bañados que se interponían entre ambos. Barbacena, con una ligereza singular, le pisaba los talones, sin darse cuenta de si era ó no víctima de un ardid de guerra. Al llegar al río, tiene Alvear que retroceder; tropieza con Barbacena, y la batalla se traba en aquel «llano traidor de Santa María,» como lo designaba después el general argentino, chocando ambos ejércitos en un campo bajo, anegadizo, y que, debido á la seca terrible reinante entonces, estaba cubierto de «altos y fétidos hormigueros y de espesos matorrales,» al decir de uno de los actores del drama. El bañado era desigual, cortado por hondonadas profundas, que se disimulaban por estar sus bordes cubiertos de chincales. El pasto, aunque alto y espeso, estaba reseco con la prolongada falta de lluvia y un verano de sol abrasador. Las mismas cuchillas que dominaban el bañado y donde se encontraban las fuerzas imperiales estaban tapizadas de pastizales densos.

El día fué terrible; el sol quemaba y la atmósfera era de fuego. Los soldados se batían denodadamente, cubiertos por el sudor que producía el aire caliente reinante, y la sofocación de la humareda que originaban las descargas de artillería y

de fusilería. Desde las seis de la mañana hasta las cuatro de la tarde la lucha fué encarnizada, sin descanso, sin probar bocado y sin poder satisfacer la sed que les devoraba. Ambos ejércitos parecían legiones de demonios en aquel momento crítico.

La suerte de las armas estaba aún indecisa, cuando Lavalleja, como verdadero guerrillero gaucho, echó mano de un ardid genial. Hizo poner fuego al alto pastizal por varios lados, y como el viento corría de Este á Oeste, favoreciendo el lado argentino, pronto el campo de batalla se vió envuelto en un mar de llamas y un humo densísimo cubrió á los combatientes, siendo imposible distinguir á republicanos de imperiales, saltando entre olas de fuego, resonando con estrépito los fogonazos de los cañones y las atronadoras descargas de la fusilería, en medio de un gritar terrible y desaforado, y de temblar la tierra con las cargas de miles y miles de jinetes, que envolvían á los combatientes en masas de indescriptible confusión.

Mientras fué posible distinguir unas fuerzas de otras, la artillería argentina continuó tronando, dirigida con una habilidad que merece el aplauso de la historia, por el bravo coronel Iriarte, brillantemente secundado por un grupo escogido de oficiales técnicos. Pero el entrevero obligó á esas piezas á enmudecer, no sólo por la confusión misma producida, sino porque la misma similitud del uniforme militar usado por ambos ejércitos contribuía á dificultar el reconocerlos. Y en medio de aquella vorágine dantesca, atravesando impávido las llamas, esquivando á los compañeros, pero cayendo como tromba infernal sobre los enemigos, se veía al regimiento de lanceros del bizarro Olavarría que «maniobraba como en un día de parada sobre aquel campo de cadáveres,» sosteniendo al heroico cuadro del 5.º de cazadores que, al mando de Olazabal, mantuvo con un brillo sin igual la fama gloriosa de la infantería argentina en aquella batalla memorable.

La derrota se pronunció franca y decidida: regimientos enteros brasileros corrían poseídos del pánico más atroz, jinetes é infantes se atropellaban en la huída,—y hubo un

momento en que hasta el mismo Barbacena perdió la cabeza y prestó oídos al consejo de abandonarlo todo y salvar su persona con una buena escolta. Alvear no supo aprovechar el momento, y aquel descuido esterilizó la victoria: en medio de aquella confusión espantosa reaccionó Barbacena al ver que no era perseguido, y rehizo en lo posible la formación de sus batallones, efectuando una retirada ordenada y brillante.

Los cuerpos argentinos estaban extenuados, es cierto, pero desesperados por resistirse el general en jefe á autorizar la persecución en forma. «Los cuerpos, — dice un jefe de la época, — al excitárseles á vitorear la batalla, manifestaban demasiado con su silencio y tristeza, que no estaban satisfechos...» El incendio del campo, el humo de la batalla, la sofocación de la lucha y la sed que los devoraba obligó al ejército argentino á retirarse á su vez en dirección á las frescas márgenes del río Santa María.

La tarde caía. El horizonte, enrojecido por los rayos fulgurantes del sol que, aun al desaparecer, parecía querer marchitar todo lo que á iluminar alcanzaba, principió á cubrirse de densas sombras. La luna estaba oculta.

Enormes lenguas de fuego se elevaban al cielo de aquellos espesos pastizales, que al arder chisporroteaban siniestramente. Un mar ardiendo parecía aquel campo. El humo, que era sofocante, y tan espeso, que hubiera podido cortarse con un cuchillo, lo envolvía todo en una atmósfera irresistible.

Caballos sin jinete, acosados por las llamas, disparaban desesperados en todas direcciones; algunos soldados rezagados corrían como ánima que lleva el demonio, saltando por encima de los cadáveres que cubrían el suelo; los heridos se arrastraban penosamente lanzando ayes lastimeros. Y para completar el cuadro, de las carretas de municiones traídas para el combate, salían de vez en cuando volcanes de fuego producidos por la explosión de la pólvora, apenas las llamas del incendio lograban consumir las cajas que la contenían.

«... Como á las diez de la noche, — dice un oficial argentino,—no se podía sufrir el hedor que producían los muertos en el estado de descomposición en que se hallaban, debido al

gran calor del día y á la quemazón que á casi todos alcanzaba, produciendo un olor nauseabundo. El campo estaba completamente iluminado por los fuegos del incendio. En un trecho muy iluminado, que no había ardido por falta de combustible, vimos y reconocimos el cuerpo del coronel Brandsen, enteramente desnudo, sin más ropa que una camisa corta impregnada de sangre.»

El héroe legendario de aquella batalla; el jefe de aquella brillante 1.ª división que Alvear sacrificó haciéndola cargar cuadros de infantería parapetados tras de profundos barrancos; el valiente oficial de Napoleón, el soldado de San Martín, Brandsen, en fin, había sido saqueado... Brandsen, que siguiendo la costumbre de los jefes de la epopeya napoleónica, lucía el día de la batalla su uniforme de gala, brillando sobre su pecho las cruces y condecoraciones de las principales batallas del primer imperio, y los cordones y escudos de los grandes combates de la independencia americana!

Ya durante la batalla el desorden fué inaudito. «Los peones y demás agregados del parque,—dice uno de los jefes de entonces,—se entretuvieron en despojar á los soldados de su mísero equipaje, mientras que estaban peleando en Ituzaingo. El botín, á la verdad, correspondía á la villanía del hecho, pues la mayor parte de las mochilas estaban vacías y las más provistas tendrían una camisa rota ú otro andrajo semejante.»

Apenas entró la noche, el desorden y el pillaje fueron realmente repugnantes. La poca disciplina que reinaba en el ejército hizo más cruel aún aquella escena, por el proceder inhumano de un gran número de conductores y de chinas que seguían al parque, plaga que aún subsiste en nuestros días, pues cada batallón va seguido de una verdadera soldería de indios, especie de nubes de sabandijas que todo lo arrasan á su paso.

Por eso un testigo ocular dice: «se lanzaron sobre el campo de la acción, estimulados por el ansia del botín y por el abandono mismo en que quedaba, si ya no eran arrastrados por aquella fría ferocidad que en todas partes caracteriza á

las turbas... Fácil es deducir que esa muchedumbre, errante por el vasto escenario de la lucha é impelida por su sed de saqueo, no haría muy prolija distinción entre los caídos de ambos ejércitos, y que algunos del nuestro habrían sido víctimas de su atroz desenfreno.»

La noche de Ituzaingo pasará á la historia, efectivamente, como una horrible noche de Walpurgis, envuelta en un incendio espantoso, con una atmósfera caldeada y sofocante, y consumiéndose entre aquellas llamas los cadáveres de argentinos y brasileros, mezclados con los infelices heridos de ambos bandos, que se arrastraban en una suprema desesperación, tratando de apagar, con su propia sangre, el fuego que les consumía, y rodando por entre caballos destripados, carros destrozados, cureñas rotas de cañones, armas inutilizadas, y esos mil despojos de un campo de batalla, humeante aún!

Otro de los oficiales argentinos refiere pormenores espeluznantes de aquel cuadro aterrador: «Veíamos caer á cada instante á los soldados, ardiéndoles la ropa, enteramente asados, saltados los ojos, el pellejo separado de las carnes, dándoles esto unas facciones horrorosas, y á poco rato espiraban consumidos por el fuego, exhalando el último aliento entre penetrantes ayes y horribles y agudos bramidos.»

En medio de aquella escena del infierno, se veía retirarse á lo lejos, saltando sobre las llamas y los cadáveres, á los restos silenciosos del ejército triunfador, en cuyas filas no se oía un grito, y en cuyos rostros se pintaba la rabia y la desesperación. Y para completar el lúgubre cuadro, una legión de hombres y mujeres sin entrañas, verdaderas brujas de aquel aquelarre horrendo, desnudaban febricientes á los muertos para robarles sus prendas de valor, y despenaban á los heridos para despojarlos más ligero, porque el fuego terrible chamusqueaba sus ropas, y sólo el ardor insaciable del más inmundo y repugnante de los pillajes podía hacerles permanecer en medio de aquella hoguera siniestra.

A lo lejos veíanse las siluetas de los cuerpos brasileros retirándose en orden aparente, arrastrando los heridos que podían, y contemplando, sin poderlo remediar, aquel sal

jismo sin igual. Los cuerpos argentinos, que se retiraban por el lado opuesto y que no habían bebido gota de agua desde el amanecer, jadeantes, medio locos de sed, estimulada ésta por la atmósfera hirviente del incendio, cerraban los ojos y los oídos al saqueo sacrílego, y apresuraban su paso para salir de aquel averno y poder descansar después de quince horas de continuo batallar!

Por eso dice uno de los jefes argentinos: «la marcha en aquella noche fué de las más penosas... El fuego puesto á las hierbas y maciegas, estimulado por el viento y aumentado por el que incendiaran nuestras tropas á retaguardia del enemigo durante la batalla y después de ella, al frente y á los flancos de los cuadros que se retiraban, había extendido sus progresos por aquellos campos desiertos, abarcando inmensa zona; y nuestros batallones, agobiados ya por las fatigas excesivas de las marchas continuas que hicieron en los días anteriores, tuvieron que efectuar en la de ese día una de cinco horas con un calor asfixiante, obligados á rodear por una senda estrecha, á cuyos lados crujía el pasto bajo la voracidad de las llamas.»

El ejército imperial sólo paró en las márgenes del río Cassiky, «donde,—dice un oficial brasilero,—caímos de la silla en la oscuridad de la noche: el mismo general no podía más, y se adormeció medio muerto. Aseguramos los caballos de la rienda, y cada momento el más leve rumor nos hacía estremecer, obligándonos á requerir la espada para defender con la vida el pequeño espacio donde reposábamos... Eran las dos de la madrugada cuando los pobres soldados de artillería trajeron la última pieza... Dolor causaba ver á esos infelices militares, que, á pesar del ardiente calor y de la sofocación y pánico de la marcha, la lucha y la retirada, todo lo olvidaban para arrastrarse exhaustos á empapar su cuerpo en los lugares húmedos...» Los jefes brasileros esperaban tener que capitular á cada momento, no explicándose la tardanza en llegar de las tropas argentinas.

Estas, mientras tanto, habían hecho á su vez operación análoga yendo á acampar en las márgenes del río Santa

María... El general Alvear, por un error histórico cuyas consecuencias fueron gravísimas, no permitió la persecución de los derrotados. No tuvo el valor genial de arriesgar los únicos recursos militares de la patria y temió quizá comprometer la victoria con una persecución peligrosa. Pero sus jefes subalternos y las tropas murmuraban descontentos ante esa actitud, y la noche de Ituzaingo fué por ello triste en ambos campamentos: llena de angustias para los brasileros, de despecho para los argentinos. Ambos ejércitos contemplaban el horizonte enrojecido por los resplandores del terrible incendio y el campo de batalla convertido en un infierno sin piedad para muertos y vivos.

...La heroica victoria quedó, pues, esterilizada. Pocos meses después, la guerra civil ardía de nuevo en nuestra patria, y cabe ante la historia una terrible responsabilidad para Lavalle, uno de los jefes de Ituzaingo, por haber arrastrado al motín militar contra el gobernador Dorrego á los últimos restos de nuestro glorioso ejército, cuando una paz forzada con el vencido del 20 de Febrero ponía fin á la guerra internacional, arrebatando para siempre del seno de los pueblos argentinos á la Provincia Oriental de Montevideo.

ERNESTO QUESADA.

Buenos Aires.

EL AMOR Y EL INTERÉS

DOLORA

Sentía envidia y pesar
una niña, que veía
que su abuela se ponía
en la garganta un collar.
—¡Necia! la abuela exclamó.
¿Por qué me envidias así?
Este collar irá á tí
después que me muera yo.
Mas la niña, que aún no vela
con la ficción la codicia,
le pregunta sin malicia:
—Y ¿morirás pronto, abuela?

RAMÓN DE CAMPOAMOR.



CUESTIÓN DE BESOS

A mi buen amigo, el distinguido literato argentino

CARLOS VEGA BELGRANO

¡Pobre Pura! Aún, amorosa,
mi alma, cuando en ella sueña,
cree ver su boca pequeña
como un capullo de rosa.
¡Qué candor! ¡qué sencillez
de muchacha! Cierto día,
al decir que me quería,
por la milésima vez,
le dí un beso apasionado,
que ella pretendió evitar,
pues parece que besar
á las chicas, es pecado.
—¡Quita, infame! exclamó Pura,
¡qué picardía!... ¡besarme!
cuando vaya á confesarme,

¿qué le digo al señor cura?
—Si abrigas temor por eso,
y sientes tales agravios,
con tus hechiceros labios
puedes devolverme el beso.
No quiero verte sufrir
por mi falta de cordura,
y así... ¡vamos! así el cura
nada tendrá que decir.
—¿Besarte? ¡qué liviandad!
—Pues no encuentro mejor medio...
—Me parece que el remedio
es peor que la enfermedad.
—¿Por qué? ¿no te amo rendido?
¿ó es que temes algún dolo?...
—Los besos de amor tan sólo
se devuelven al marido.
—¿Que te engañan no malicias?
en otros tiempos, quizás,
¡pero hoy!... ¡pues vaya si estás
atrasada de noticias!
¿Dónde conseguiste ver,
en esta edad... de progreso,
dar y devolver un beso
entre marido y mujer?
Aunque de ser inconstantes
mi labio no les acusa,
eso solamente se usa
entre novios ó entre amantes.
Bésame, pues, sin temor
y arroja de tí ese peso...
¡si te quedas con el beso,
será pecado mayor!
—¿Te gozas en asustarme?
—¡Pero, hija mía! repara...
—¡Que te bese! ¿y con qué cara
voy después á confesarme?
¡Si cuento tales horrores
al cura!. .
—Te mortificas
sin motivo, ¡cuántas chicas
le dirán... cosas peores!
¿Por qué el temor te encadena
y no cedes de buen grado?
¡que es pecado! ¿y no es pecado
dejarme morir de pena?
—Si tanta es tu desventura...

no resisto á tu dolor;
pero... mira, lo mejor
es no decir nada al cura.
—¿Por qué? ¡pues fuera gracioso!
—¿Y si al oirme se exalta?
—Confiésale nuestra falta
y verás cuán bondadoso
nos absuelve, como es justo,
—te muestres ó no contrita,—
á tí, por ser tan bonita
y á mí... por hombre de gusto.

CASIMIRO PRIETO.

RONDELES

I

Como dos mariposas sobre la nieve
vuelan tus manos blancas en el teclado,
y sollozan las notas que ha despertado
de tus ágiles dedos el soplo leve.

El ambiente está negro; desde el nublado
aire, caen las gotas que el cielo llueve ..
como dos mariposas sobre la nieve
vuelan tus manos blancas en el teclado.

Cae sobre mi espíritu un llanto helado;
y el pensamiento triste que no se atreve
á volver á los días de mi pasado,
mira volar tus manos en el teclado
como dos mariposas sobre la nieve.

II

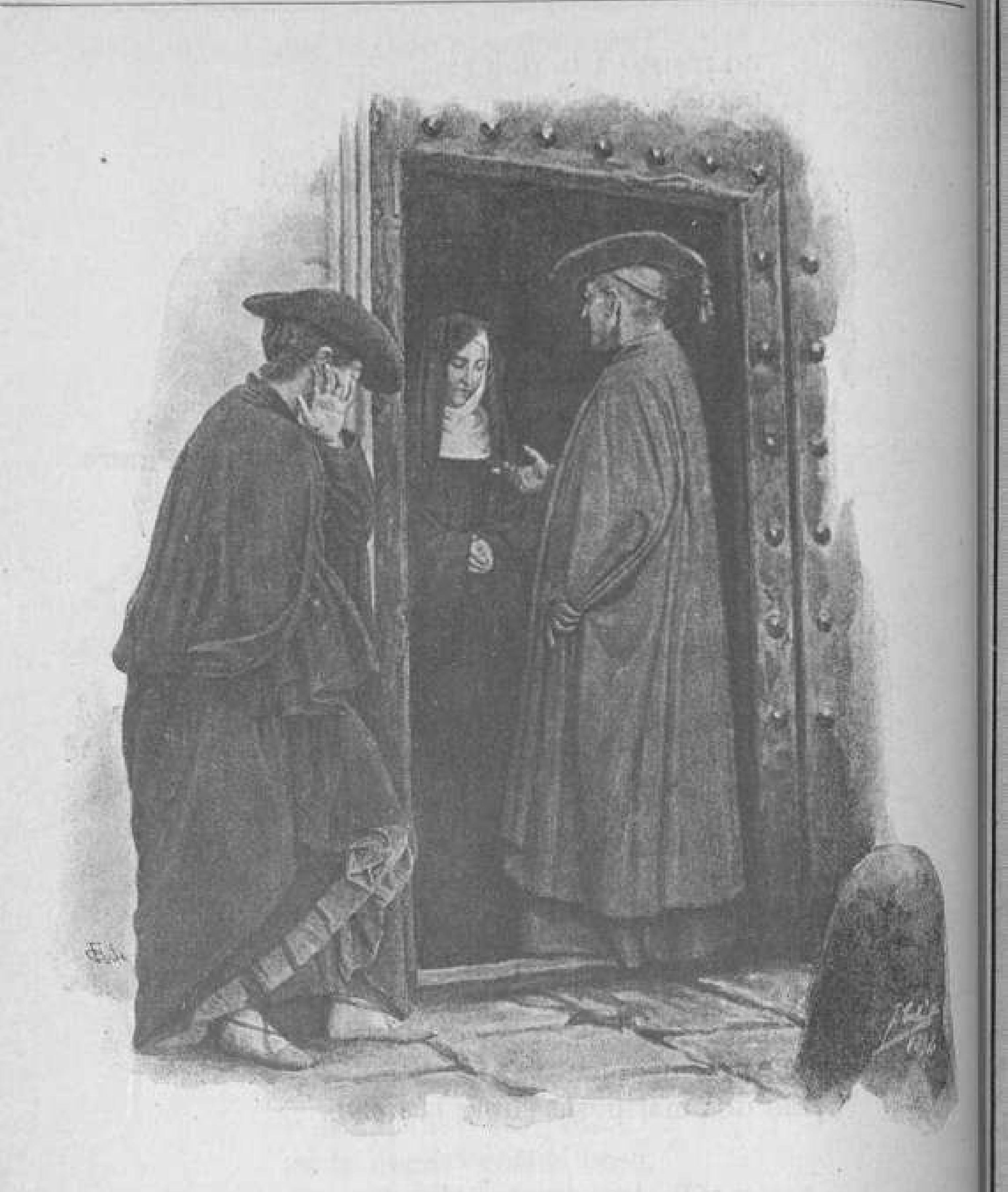
¡Oh, las muertas alegrías
de aquellas horas triunfales!...
Los fulgores aurorales
que alumbraron esos días.

Aquellas noches astrales
de vagas melancolías...
¡Oh, las muertas alegrías
de aquellas horas triunfales!

Los destellos siderales
borran las tinieblas frías,
y entre brumas sepulcrales
pasan las horas glaciales.
¡Oh, las muertas alegrías!...

Méjico.

FRANCISCO M. DE OLAGUÍBEL.



CARIDAD Y PRUDENCIA

EPISCOPALES

(TRADICIÓN)

Cuenta mi queridísimo é inolvidable amigo Lavalle, en una de sus más preciosas consejas tradicionales, que, allá por los años de 1814, una monja del monasterio del Carmen se escapó cierta noche para ir al teatro á gozar de la ópera ita-

liana, representación que, por primera vez, se hacía en Lima. Realizó su escapatoria aprovechándose de que estaba en limpia el acequión ó brazo de río que provee al convento, y cubierta la cabeza con pañuelo lambayecano oyó, desde un *oculto* de platea, cantar á Carolina Griffoni *El barbero de Sevilla* del maestro Paisiello, que Rossini no había aún escrito la ópera del mismo título, con la que ha inmortalizado su nombre.

Con ánimo entre regocijado y receloso regresaba la *dilettanti,* después de las diez de la noche, cuando al llegar á la Acequia de Islas se encontró con que los *tomeros* habían soltado ya el agua, lo que imposibilitaba la entrada al claustro para la monja melómana. En tribulación tamaña no le quedó á la desdichada otro recurso que el de dar aldabonazos á la puerta de la casa arzobispal, hasta que, alarmado su ilustrísima, que en esos momentos, concluída la colación chocolatesca, iba á acostarse en el lecho, mandó abrir y que entrase la importuna. Después de revelarle ésta su cuita, y de escuchar humildemente la merecida reprimenda, el sagaz arzobispo Las Heras la hizo vestir la sotana, manteo y birretillo de su secretario, encaminándose al Carmen con el improvisado familiar. Llegados al monasterio, dejó á éste en la puerta y, penetrando solo en la portería, ordenó á la portera que previniese á la comunidad que, bajo pena de excomunión mayor, *ipso facto incurrenda,* prohibía á las monjas asomar las narices fuera de la celda, hasta que él tocara la campana convocando á coro. Alejada la hermana portera, dió su ilustrísima entrada al fingido familiar.

Cuando quince minutos después se congregaron las monjas, el señor Las Heras dijo á la superiora:

—Madre abadesa, contad vuestras ovejas.

—Están completas, ilustrísimo señor: veinte monjas y tres de velo blanco, contestó aquélla, después de pasar rápida revista.

—Bendigamos á Dios, porque ha resultado calumnioso un aviso anónimo que recibí.

Y con voz arrogante entonó el *Te Deum laudamus,* acom-

pañándolo las monjas, que nunca supieron la verdad sobre lo que motivara la visita del arzobispo en hora tan intempestiva.

RICARDO PALMA.

Lima, Mayo de 1894.



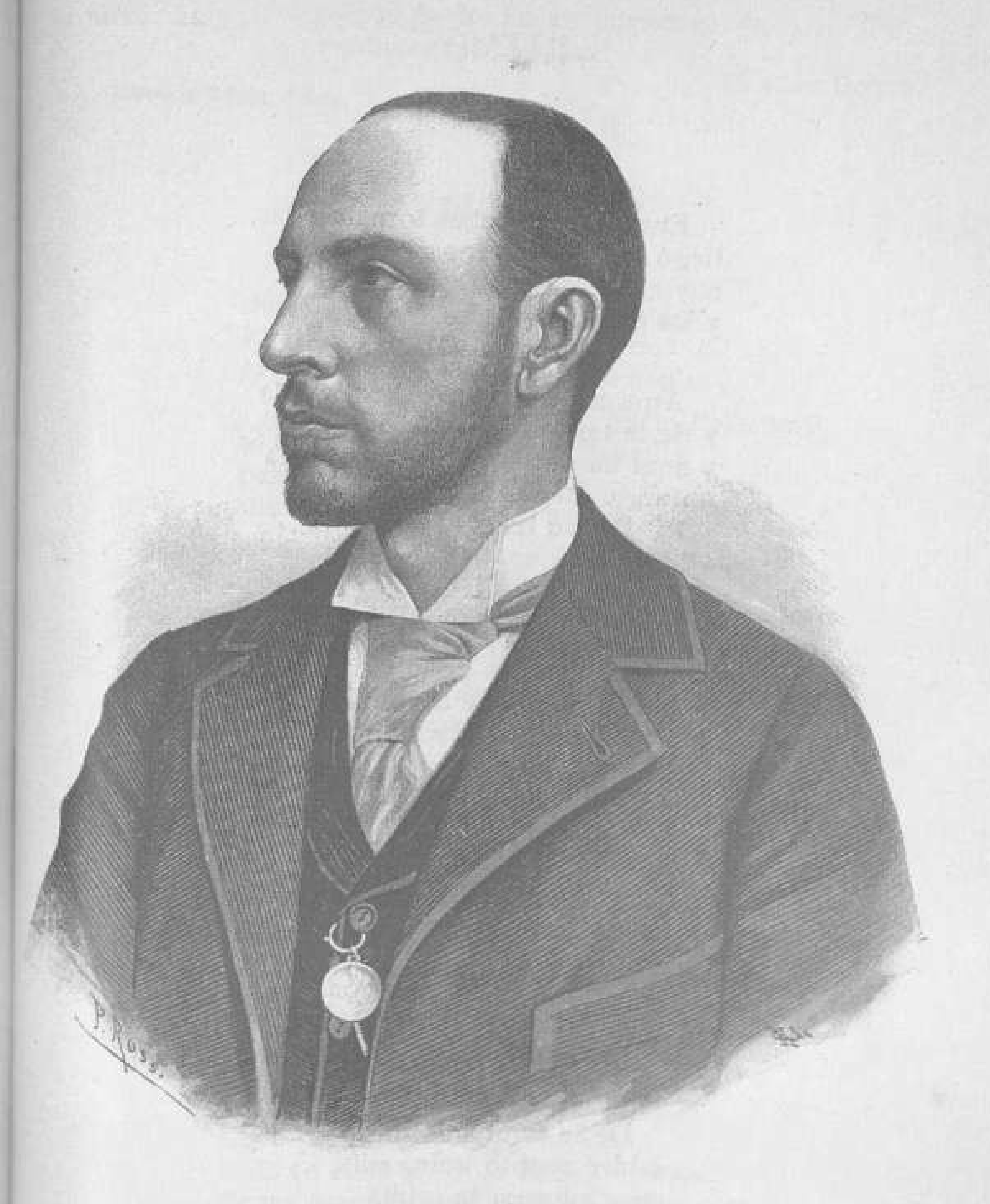
ÚLTIMA CITA

Quiero morir y que á mi tumba llegues,
antes que mi recuerdo en tí sucumba;
si tu amor me negaste, no le niegues
ese favor á mi olvidada tumba.

Justo es que acudas á la triste cita
de quien tu agravio olvida y te perdona;
acércate al sepulcro y deposita
sobre la cruz de piedra una corona.

Que si de mi alma los anhelos mides
y de mi amor comprendes el misterio,
después de que yo muera, no te olvides
de hacerme la visita al cementerio.

MÁXIMO SOTO HALL.



D. Arturo Berutti

REPUTADO MAESTRO COMPOSITOR ARGENTINO, AUTOR DE LAS APLAUDIDAS ÓPERAS «LA VENDETTA» Y «EVANGELINA»

RITMOS

I

Envuelta en nubes tornasoladas,
llegó la sombra crepuscular;
hay aleteos en las cañadas
y las gaviotas van azoradas
con rumbo al mar.

Aquí me ha visto la luz del día
y de la tarde me ve el crespón,
y aquí ha de verme la noche fría
mirando atento la celosía
de tu balcón.

II

Yo quiero ser la sombra de la palma
sobre las soledades de tu vida,
y colgar en la noche de tu alma
de mi pasión la lámpara encendida.

Es justo que mi amor desgarre y tronce
la malla sepulcral de tu odio ciego:
¡rojo pondrá tu corazón de bronce
mi apasionado corazón de fuego!

III

No olvides mi petición
cuando te digan: —¡ha muerto!—
hazme enterrar en tu huerto,
debajo de tu balcón.

De la tumba solitaria
saldré pronto, reina mía,
para adornar la crujía
convertido en pasionaria.

Yo seré la enredadera
cuyo susurro te nombra,
y teje velos de sombra
para que el sol no te hiera.

Y si entre el verde festón
recuerdas esta pasión

gigante que me consume,
¡cómo deshecho en perfume,
temblará mi corazón!

Buenos Aires, 1894.

CARLOS ROXLO.

LEJOS DE TÍ

El buen sol de una tibia primavera
derrama su sonrisa en el espacio;
todo trasciende plácida alegría:
el río, el cielo, la ciudad, el campo.

Es domingo. Rodando hacia Palermo [1]
al tronante trotar de los caballos
pasan los coches; y al pasar destellan
sus mil arneses por el sol dorados.

Huyen envueltos en brillante polvo
y resplandores de cambiantes rápidos,
en larga cinta que se troncha y une
por la avenida extensa culebreando.

Tras echadas capotas, que despiden
del sol al choque palpitantes rayos,
mil cabecitas pasan, con más luces
que las que en su obra derramó Ticiano.

Frescas mejillas que la edad graciosa
pinta en rubor, de flores de durazno;
y en expresión de saludable dicha
dejan el puro ambiente embalsamado.

Ojos traviesos, que callar no saben
y que el lenguaje del amor charlando,
cual mariposas en el campo inquietas,
círculos tejen en sus vuelos raudos.

Flores, encajes y vistosas cintas;
luz y perfumes y colores vagos:
todo se aleja entre la alegre música
de un incesante palpitar de labios.

Y yo también entre el tumulto vuelo;
pero ¡ay de mí! distante de tu lado,
como cadáver en la mar revuelta
entre la inquieta multitud naufrago.

FRANCISCO SOTO Y CALVO.

Buenos Aires.

[1] *Palermo*. Parque y jardines de la ciudad.

El cuchillo

CUENTO VIVO, POR APELES MESTRES



Érase un pastorcillo de mi tierra, que cierta mañana fuése al monte con su rebaño.



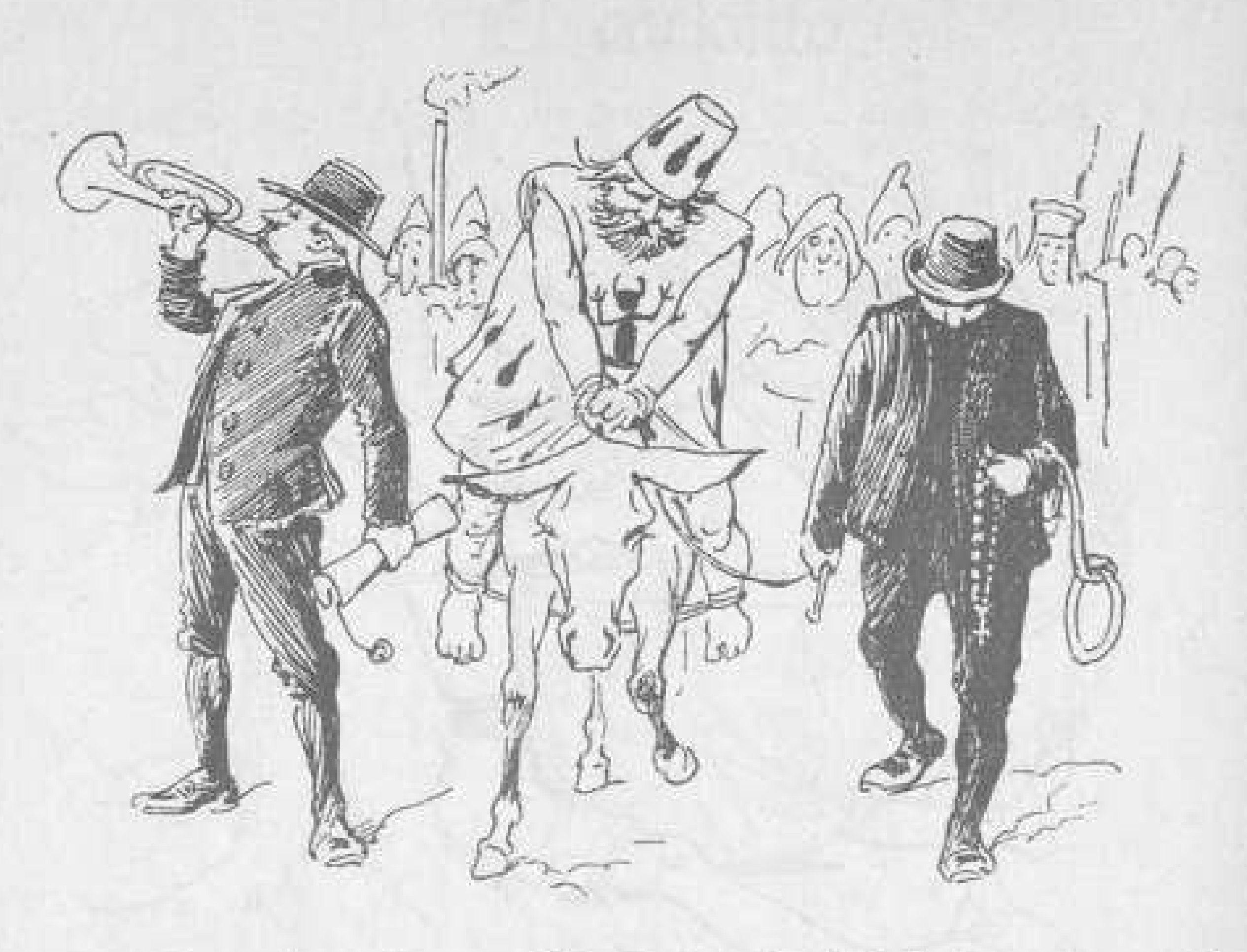
Una vez en él, y mientras el rebaño se desayunaba á dentellada limpia, se dispuso también el muchacho á desayunarse.



Y con tan soberano esfuerzo cortó su pan, que del mismo tajo se cortó á sí propio.



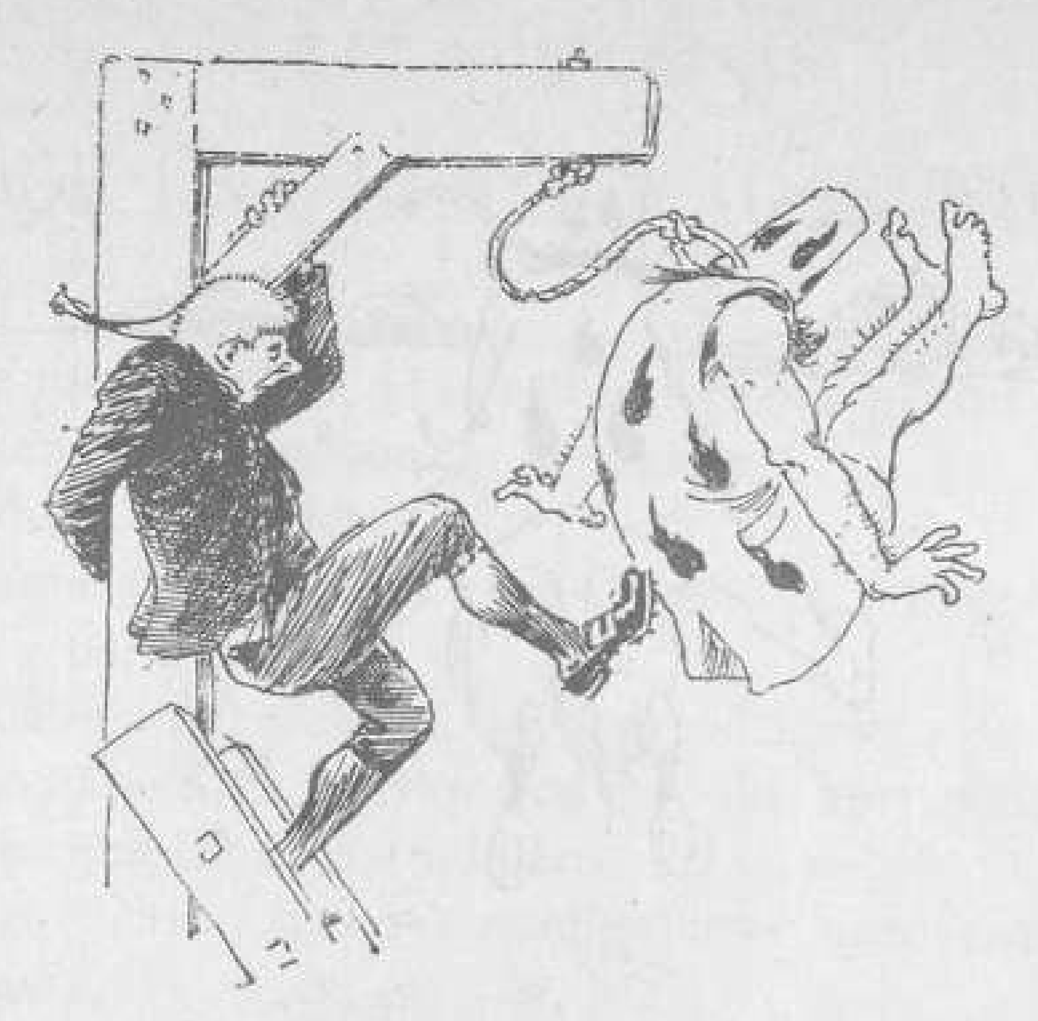
Item más el árbol en que estaba apoyado.



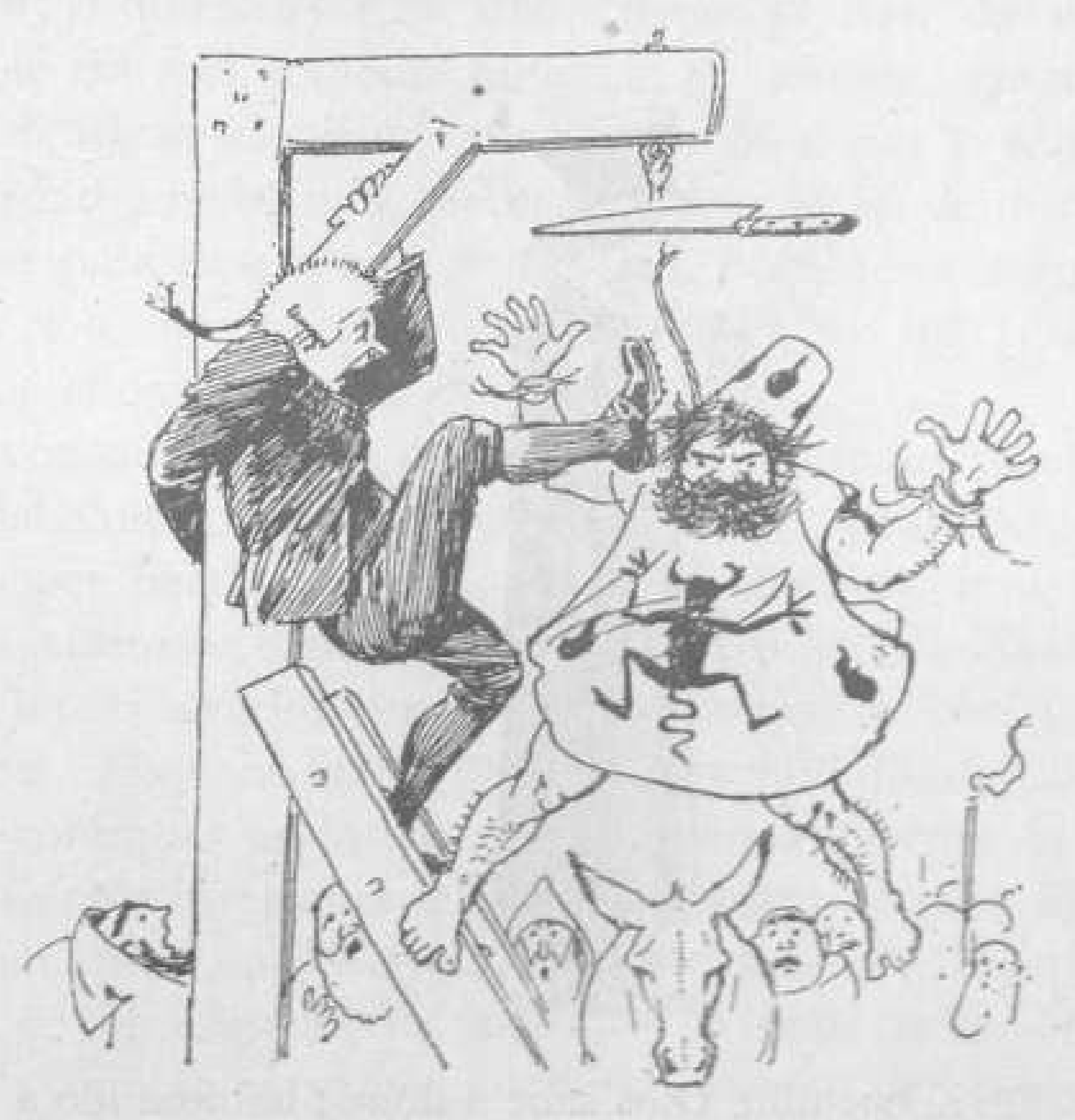
En aquella misma hora salía de la ciudad lejana, un malandrín á quien llevaban á dar cuenta de sus fechorías.



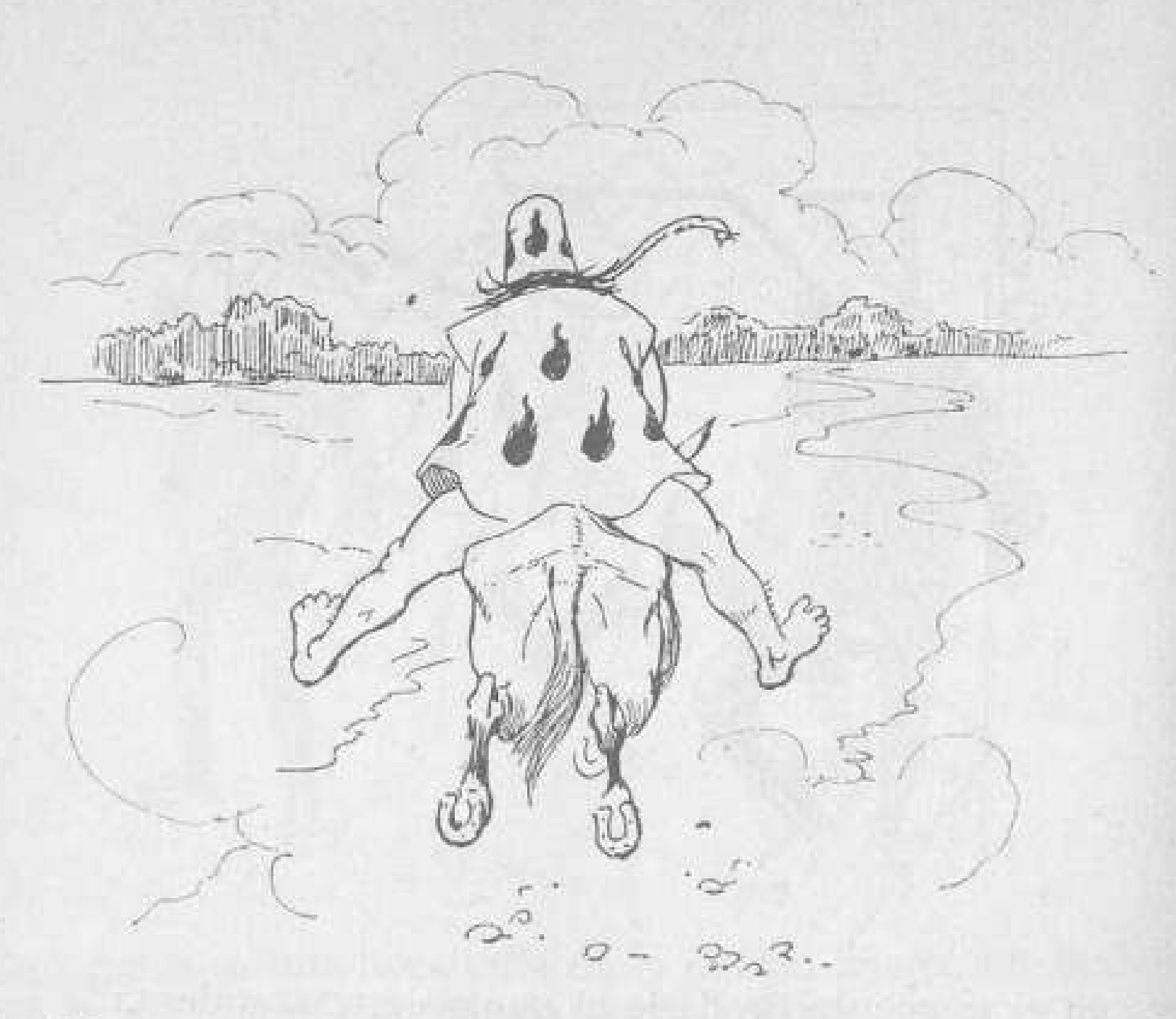
Para lo cual le echó el corbatín al cuello el dispensador de la justicia.



Pero en el momento de darle el puntapié trascendental...



Llega disparado el cuchillo del pastor, corta la cuerda, y...



el forajido se puso en salvo en el mismo pollino que le había traído.



En cuanto al cuchillo, Dios sabe á dónde hubiera ido á parar si no hubiera dado en el juez, hombre recto é inquebrantable.

CALAVERADAS
DE UNA MENTE VAGABUNDA

A mi modo de ver, el escritor necesita poseer tres condiciones esenciales, que son las siguientes:

1.° debe tener ideas;

2.° debe manifestarlas con sinceridad y expresarlas con sencillez y naturalidad;

3.° debe poseer, cuando menos, rudimentos de gramática.

Yo concibo á un escritor que de estas tres condiciones no posea más que las de los números 1 y 2; pero no concibo que pueda ser escritor quien no tenga más que formas huecas de sustancia.

El escritor escribe para enseñar ó para recrear. Si quiere enseñar, debe saber algo de lo mucho que ignora el gran montón; si quiere recrear, debe tener el don de copiar fielmente la ridícula comedia humana; en ambos casos, ha menester de ideas adquiridas con el estudio ó por la observación. En verdad existe una tercera categoría, la de los que sólo escriben para despellejar al prójimo, pero como estos *plumistas* no son más que chinches literarias, no hay que preocuparse de ellos para nada.

El consuetudinario empleo de las grandes palabrotas, de los altisonantes vocablos, como: rumbos, proyecciones, horizontes, perspectivas, evoluciones, eficiencias, etc., no acusa sino un *atorrante* espiritual que, desprovisto de ideas, especie de quijote literario, quiere hacer literatura con formas sin sustancia. Hay *plumistas* que tienen la habilidad de escribir sendas columnas en los diarios, que no encierran la suma de pensamientos que caben en dos renglones. Estos literatos se imaginan que basta ser un cochino para saber escribir como Zola; que el empleo de palabras triviales acusa bajeza de espíritu, y no se fijan que su continuo uso de palabras genéricas no refleja de manera alguna la altura etérea de sus

ideas, que son nulas, puesto que aquel manoteo en las abstracciones impropias é inoportunas no es sino un signo de su ignorancia y un indicio de su impotencia intelectual.

FRANCISCO LATZINA.

CLARO DE LUNA

Argentea la pálida Diosa
el azul, y sus lánguidos rayos
ancha franja perlina dibujan
en la linfa durmiente del lago.

Sobre el terso cristal, que se rompe
ondulante y sonoro á su paso,
se desliza errabunda la barca
donde van dos amantes bogando.

Una regia pareja de cisnes,
Con los gráciles cuellos curvados,
por la orilla del agua navega,
esponjando sus plumas de raso.

Y del fondo verdoso que forman
limoneros en flor y naranjos,
con capelo de nieblas emerge
la casita de techo rosado.

En las frondas del bosque florido
ritma el viento nocturno su canto,
y cual genios aéreos, voltean
las falenas en torno á los ramos.

La pareja de cisnes se junta,
entrecruza sus cuellos nevados,
y en sedosas caricias se mezcla
como un grupo de vivo alabastro.

De la barca, que flota tranquila,
surgen tiernos suspiros ahogados,
balbuceos de cálidas frases
y estallidos vibrantes de labios...

Entretanto la pálida Diosa
argentea el azul, y sus rayos
ancha franja perlina dibujan
en la linfa durmiente del lago.

DARÍO HERRERA.

San Salvador, 1894.

EL PRIMER DIENTE CARIADO

LAMENTACIONES DE UNA DAMA

A mi buen amigo el distinguido cirujano

SR. DR. D. MANUEL G. RAMOS



QUÉ es esto? ¡Un diente cariado!
¿Y es cierto? ¡Sí! ¡Bien visible
está allí, negro y horrible,
el hueco desvergonzado!

¡Un diente! ¡Jesús me asista!
¡oh perspectiva horrorosa!
Ya estoy temblando, y nerviosa,
de pensar en el dentista.

¡Oh derrumbamiento indino
ya esto es *principio del fin*
de este armatoste ruin
que encierra un algo divino.

Que no hay hermosura igual
á femenil hermosura
que ostente una dentadura
sana, perlina y cabal.

Así, no temo las canas,
ni la caída del pelo,
ni me producen desvelo
feas arrugas tempranas.

Ni tampoco frunzo el ceño
si me muestra espejo fiel
convertido en un tonel
el que fué talle cenceño.

Que si,— tras uno, otro día,—
trae desperfectos aciagos
tengo, para esos estragos
bastante filosofía;

Pero al cabo soy mujer;
y al imaginar escueta
mi boca, angustia secreta
invade todo mi ser.

¿Calva? Ya lo dije, es nada;
¿canosa? Menos me apura;
¡mas me dará calentura
si me dicen *desdentada!*

¡Vacío el cofre precioso
de perlas y de corales,
que en versos cantó, inmortales,
más de un vate melodioso!

Y la risa de otros días,
esa risa seductora,
será horrible mueca ahora
con despobladas encías!...

¡Qué inexorable, qué dura
es tu ley, Naturaleza,
que al fin, de toda belleza
haces la caricatura!...

¡Un diente! ¡Vamos! si fuera
una *muela,* en vez de un *diente,*
de este funesto accidente
en verdad no me doliera;

por un diente, sin ser loca,
yo, con inmensa alegría,
todas las muelas daría
que se encuentran en mi boca;

que en perpetua oscuridad
las muelas por siempre viven,
mientras los dientes se exhiben
que es una calamidad.

¡Oh disyuntiva crüel,
la que tengo frente á frente:
ó me hago calzar el diente,
ó me quedaré sin él!

Cuanto pudiera escoger,
es de mi rostro en desdoro.
¿Qué hago? ¿Me lo incrusto de oro,
ó me lo dejo extraer?

¿Qué elijo? ¿el gatillo horrendo,
ó las *cuñas* espantosas?
Que son *peores* las dos cosas,
mis nervios me están diciendo.

¿Y he de tener que ocupar
aquel sillón giratorio

que ideas del purgatorio
me sugiere á mi pesar?

Sillón que juzgo, en verdad,
ser aquel sillón patíbulo,
que halla el reo en el vestíbulo
de la obscura eternidad...

Con un hábil cirujano
extraer un diente es juego;
¡zis, zas! un tirón, y luego...
luego el diente está en la mano.

Pero aquel *¡zis, zas!* señores,
significa un dolor tal,
que no le encuentro rival
entre todos los dolores.

¡Y luego,—yo me horrorizo!—
Será la única manera
de cubrir esa tronera,
el ponérmelo postizo!

Pues sin él no me acomodo;
aunque no falte una amiga
que al saludarme me diga:
—Estás mejor de este modo.—

Y por sandez ó falacia
su boca la mía sella;
y prosigue: — Estás muy bella.
¡Te hace ese hueco una gracia!...

¡No, no! abrenuncio del hueco,
aunque muy mucho me siente,
y tampoco quiero diente
extraño, ni otro embeleco.

¡Apreste, doctor, apreste,
caucho, cuña y algodón,
que á otra dura operación
fuerza será que me preste!

Sienta el *riu, riu,* espeluznante
de la infernal maquinita,
aunque los nervios me excita
sólo el tenerla delante;

venga, venga el *vil metal,*
por mí siempre despreciado,
y en mis dientes incrustado
sirva de alivio á mi mal.

Y yo, que nunca guardé
una partícula de oro,
dentro del diente un tesoro
en adelante tendré;

mas temo que, al verlo un día,
diga un mal intencionado:
— En el bolsillo guardado
mejor ese oro estaría.

Mis penas, con ser tan largas,
aún no concluyen, lector.
La siguiente es la peor...
ó una de las más amargas:

Que es fuerza, para encubrir
de hoy más mi desdicha fiera,
ría de especial manera,
ó que no vuelva á reir.

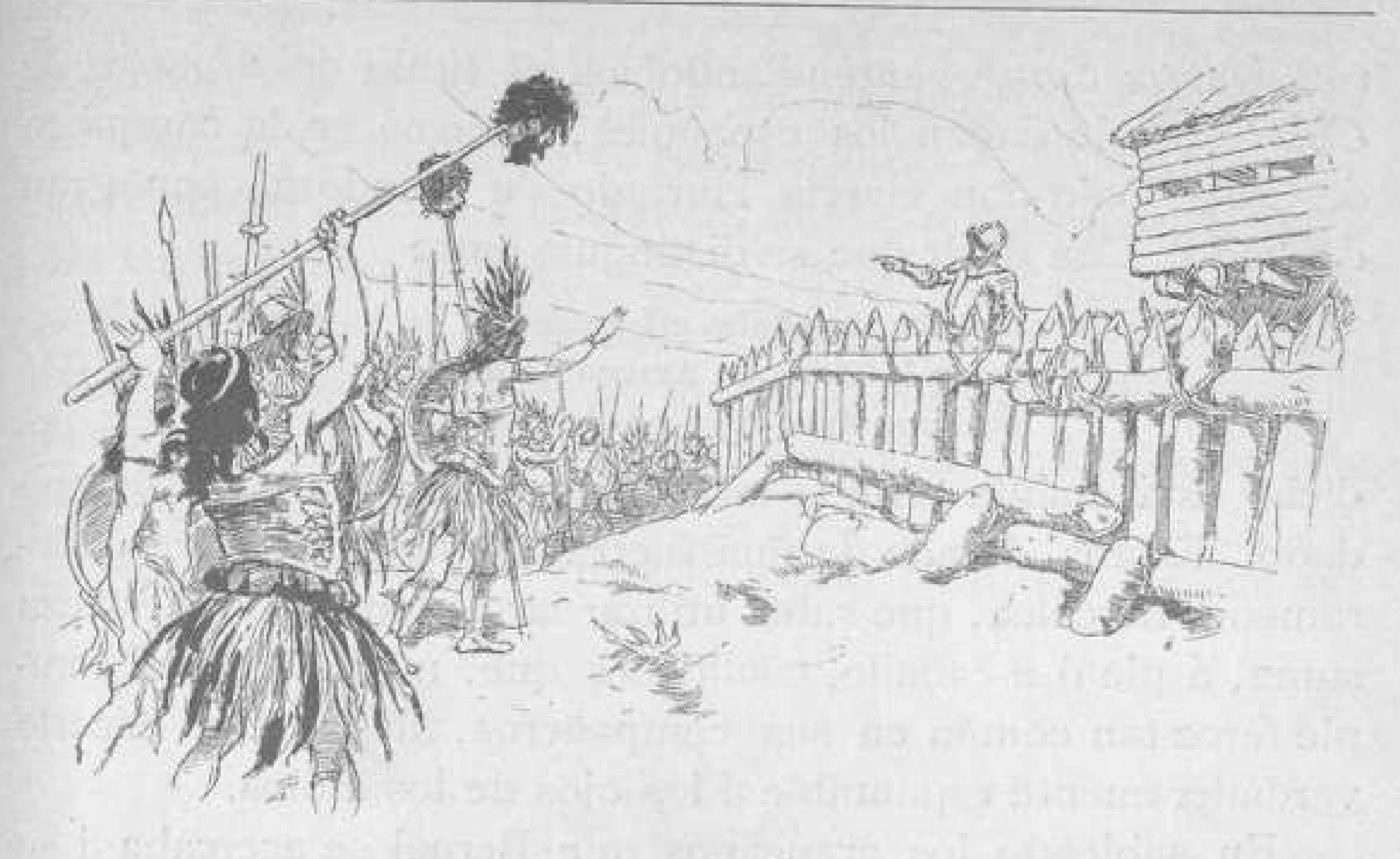
LASTENIA LARRIVA DE LLONA.

Guayaquil, 1893.

EN UN ABANICO

Bajó el candor de los cielos
con el pensamiento sólo,
de buscar sobre la tierra
dónde colocar su trono.
Visitó mares, vergeles,
montañas, florestas, sotos,
campos bordados de rosas,
ciudades de jaspe y oro,
y desmayaba en su empresa
no encontrando lugar propio
para reemplazar del cielo
su resplandeciente solio.
Cuando al cielo se volvía,
vió tu peregrino rostro,
su anhelo juzgó cumplido
y le colocó en tus ojos.

C. OSSORIO Y GALLARDO.



CRISTIANOS É INDIOS

PROFECÍA DE UN CONQUISTADOR

El indio salvaje aborreció de muerte al hombre civilizado. Hubo generaciones indomables: el araucano en Chile, el pampa en la costa austral del río de la Plata, el charrúa en el Uruguay lo fueron más que ninguna. Para el indio indómito, el hombre civilizado fué siempre un extranjero, un usurpador de sus tierras, y llamóle *cristiano* (que esta palabra envolvió en América la idea de civilización). Del propio modo el argentino y el chileno, hasta nuestros días, se titularon *cristianos* con respecto al *indio*, como en los primeros tiempos de la conquista. Así el indio aborreció de muerte al cristiano, ya fuese blanco ó mestizo, nacido en Europa ó en América, y el mestizo maltrató al indio lo más que pudo.

Las leyes de Indias prohibieron dar protectorías de indios á los mestizos, ni que bajo pretexto alguno viviese mestizo en pueblo de indios; porque el mestizo era y fué en todo tiempo el opresor cierto del indio, á quien vejaba y perseguía siempre que estuvo en su mano hacerlo á su salvo.

Lorenzo Bernal de Mercado, á quien los araucanos llama-

ron *Martín Campo*, entendiendo así el título de *Maestre de Campo* que le daban los españoles, guerreó en la conquista de Chile, bajo don García Hurtado de Mendoza, con gran denuedo. Con decir que se distinguía entre

> aquellos españoles esforzados
> que á la cerviz de Arauco no domada
> pusieron duro yugo por la espada,

dicho está cuánta sería la intrepidez y pujanza de este soldado. Estaba dotado de una fuerza extraordinaria, verdaderamente hercúlea, que sabía utilizar largamente con destreza suma, á pie ó á caballo, cualidades que, unidas á aquel temple feroz tan común en sus compañeros, llegaron á hacerle verdaderamente espantable á los ojos de los indios.

En sabiendo los araucanos que Bernal se acercaba á su campamento, echaban á huir desaforadamente, como si ya cayese sobre ellos y los acuchillase y tajase de arriba abajo por la espalda. Temblaban al oir pronunciar su nombre. Las madres, para asustar á sus hijuelos, les decían: *¡Ahí viene Martín Campo!* anunciándoles con ello una especie de monstruo espantoso que fuera á tragarlos vivos, á la manera del cuco de nuestras gentes.

Bernal, con todo, se vió en cierta ocasión expuesto á perecer asediado en una casa fuerte del valle de Arauco, que defendía con noventa españoles contra innumerable ejército. La fortuna había favorecido á los araucanos, que causaran grande estrago y desolación en los españoles de la comarca.

Sabido es que los conquistadores acostumbraban abarcar con su audacia y esfuerzo incontrastable todo el ámbito de las tierras que tomaran á cargo reducir al dominio de la corona de Castilla, fundando ciudades y estableciendo casas fuertes, guarnecidas unas y otras con escaso número de hombres, y tan distantes entre sí, que en caso de apuro era de todo punto imposible que se prestasen socorro alguno. Mas, en aquellos españoles, á medida del peligro crecía la arrogancia.

Un día presentóse delante de la fortaleza el cacique Colocolo acompañado de tres mil combatientes, manifestando

intención de hablar con el jefe de los sitiados. Ostentaban dos cabezas de cristianos en sendas lanzas.

Asomóse Bernal á lo alto del fuerte, y preguntó á Colocolo cúyas eran aquéllas.

Respondióle el indio (que empuñaba una de las lanzas), que aquellas cabezas eran de los jefes principales de los españoles, á los que habían desbaratado y muerto, sin dejar uno solo con vida.

Replicó Bernal que él ya lo sabía; pero que los que allí



estaban con él eran bastantes para conservar sujeta la tierra y propagar en ella la generación española.

—¿Con qué mujeres, preguntó Colocolo, pues ninguna tenéis con vosotros en ese fuerte?

—Con las vuestras, repuso Bernal, en las cuales tendremos hijos que serán vuestros amos.

Enmudeció el indio. Arrimó al muro del fuerte su lanza con la cabeza del español, y bajando la suya, fuése retirando confuso y pensativo.

Hasta los postreros años del siglo XIX, el mestizo arre-

metió implacable contra el indio, hundiendo en su pecho con furia la enrojecida lanza, al rabioso grito de *¡ muere, perro!*

Terriblemente profética, en verdad, fué la respuesta que dió Bernal á Colocolo en el valle de Arauco.

DANIEL GRANADA.

Salto Oriental, Febrero de 1894.

FILIGRANAS

I

Limpias perlas y vívidos corales
han robado de un rey á la corona:
si en tu boca se fijan los curiales
te llevan á la cárcel por ladrona.

II

Tu boca es una rosa abierta sobre nieve:
la nieve tus mejillas que besa el aura leve.

III

Déte Dios, niña hechicera,
de la vida en las borrascas
mucha luz en el cerebro,
mucha virtud en el alma.

IV

Condesa, en tu Granada, morisca y hechicera,
no pude hallar palmera
que iguale tu esbeltez;
ni del Generalife los mágicos jardines
mostráronme jazmines
más blancos que tu tez.

V

De kásida nazarita
tu voz tiene el embeleso:
hay en ella algo de un beso
que dentro el alma palpita.

VI

De tu boca de rubí
por merecer esperanzas
rompieran ¡oh niña! lanzas,
abencerraje y zegrí.

RICARDO PALMA.

Lima, 1894.



Sr. D. Juan José Soto

DISTINGUIDO LITERATO URUGUAYO

Á MISS ANA X.

(DE ALFREDO DE MUSSET)

El primer día que os ví
cuando declamaba así,
mi alma estaba desolada
y era la noche callada
un tormento para mí.

—

Pero un destello fulgente,
un rayo resplandeciente
que de tí partió ese día,
reavivó la llama ardiente
de amor que en mí se extinguía.

—

Hoy que he podido encontrarte,
en tí veo el libro, el arte
que hace dulce el existir:
ahora no pienso en morir,
quiero vivir para amarte.

JUAN JOSÉ SOTO.

EL COCUYO

Voladora esmeralda que no fía
su secreto de luz á la mañana;
luciérnaga gentil, Mayo engalana
con tu verde esplendor la noche umbría.

Cuando su carta la infeliz María
desde el alto balcón lanzóme ufana,
pude, al fulgor que de tu lumbre emana,
leer su amor y la ventura mía.

Bello insecto que en marcha luminosa
esmaltas el horror de la pradera,
vuélvete libre á tu verjel amado.

Mas si en el blanco seno de la hermosa,
cárcel te da su mano lisonjera,
vive al Amor y á Venus consagrado.

M. SÁNCHEZ PESQUERA.

Bogotá.

NYDIA



Cubierta con su túnica de lino,
soñadora gentil, enamorada,
resplandece en su faz algo divino,
y, la noche en sus ojos, el camino
sigue como una reina destronada.

Agitaban de paso sus cabellos
las brisas rumorosas de los mares,
y la tarde, al partir, dejaba en ellos,
matizando de bronce sus destellos,
ígneos lampos de luz crepusculares.

Si el sol de Grecia iluminó su cuna,
abrióse su cariño al sol de Italia,
y á su pasión el sufrimiento aduna...
por eso brilla con fulgor de luna
aquel pálido lirio de Tesalia.

Traidora flecha el corazón le hiere:
ama á Glauco en silencio y por él llora;
amor gigante que en la sombra muere
le dice al corazón que nada espere,
y sus secretas lágrimas devora.

Ya no esplende la obscura cabellera
en rizos sobre el mármol de su espalda,
ni entona su canción, ni en primavera
las rosas cortará de la pradera
para tejer á Glauco su guirnalda.

No irá, como antes, al morir el día,
dulces querellas entregando al viento,
su lánguida amorosa fantasía,
que al ronco oleaje de la mar bravía
puede sólo confiar su pensamiento...

Y allá va con su túnica de lino,
su cabeza de diosa reclinada
sobre el mórbido cuello alabastrino,
la noche en sus pupilas, el camino
siguiendo como reina destronada...

Leopoldo Díaz.

Buenos Aires, 1894.



AVENTURA CABALLERESCA

La mano en el pomo de la espada y el embozo de la capa sobre el hombro, don Manuel, joven caballero, llegado á Madrid para presenciar las fiestas reales del bautismo del infante don Baltasar, paseaba una noche por las calles, con el continente de un hidalgo que busca una aventura de armas ó de amor, cuando una dama, cubierta con negro manto, saliendo precipitadamente de una casa, corrió hacia don Manuel, exclamando:

—¡Si sois, como parece, un caballero de noble y leal raza, salvaréis á una dama amenazada de perder el honor y la vida! Mi marido ha estado á punto de sorprenderme en casa de uno de

sus amigos, de quien está celoso sin motivo. Apenas he tenido tiempo de tomar mi manto y huir por la escalera; pero me persigue. Detenedle á toda costa, porque si me alcanza me mata.

Don Manuel contestó:

—Huid tranquila, señora.

Y mientras que la dama se alejaba corriendo, se situó delante de la puerta, por la que no tardó en precipitarse un hombre fuerte y bastante malhumorado, á juzgar por su actitud y los juramentos que profería.

—Caballero, dijo don Manuel después de saludarle con tranquila y perfecta cortesía, llegado apenas hace algunos días á Madrid, nada de extraordinario tiene que me haya extraviado en esta ciudad, tan grande como bella. ¿Os dignaréis, como espero, indicarme la calle de San Bernardino, en la que tengo el placer de que me aguarde alguien que bien me quiere, y que esta tarde, en la Florida, me ha prometido salir á la ventana tan pronto como su dueña se haya dormido?

—¡Dejadme pasar! gritó el otro. Ya veis que llevo prisa.

—¡No la llevo yo menos que vos, pues la que me aguarda tiene los más bellos ojos del mundo! Pero ¿acaso os contraría prestarme ayuda en una empresa de amor? No puedo elogiar la delicadeza de vuestros sentimientos y heme aquí, no obstante, dispuesto á ser amigo de un gentilhombre de tan acrisolada virtud. ¡No hablemos más de la calle de San Bernardino! A lo menos querréis encaminarme hacia cualquier iglesia notable por las reliquias que en ella se conserven. Pasaré con gusto en oración la noche que había tenido la mala idea de dedicar á ocupaciones menos austeras.

—¡Idos al diablo, y dejadme pasar!

—Pues qué, ¿no podré dedicarme ni á mis devociones ni al amor?

—¡Por Santiago! dijo el marido exasperado, creo que os burláis de mí.

—En vuestro lugar, hace tiempo que hubiera caído en ello.

Entonces desenvainaron las espadas.

¡Qué duelo tan admirable, en medio de la noche, con el chocar de los aceros y los destellos de luz que se producían!

Un duelo muy largo; los dos combatientes con la misma fuerza y con igual valor.

—Ciertamente, pensó don Manuel, ya habrá tenido tiempo la dama encubierta de ponerse en salvo.

Al mismo tiempo que esto pensaba, la hoja de su adversario le penetraba profundamente bajo la tetilla izquierda, y cayó de cabeza, dando un grito, sobre el pavimento.

—¡Dios tenga piedad de vuestra alma! dijo el vencedor, disponiéndose á continuar su camino.

—¡Una palabra más! dijo don Manuel jadeante. ¿Era joven y bella la dama que perseguíais?

—¿Qué os importa?

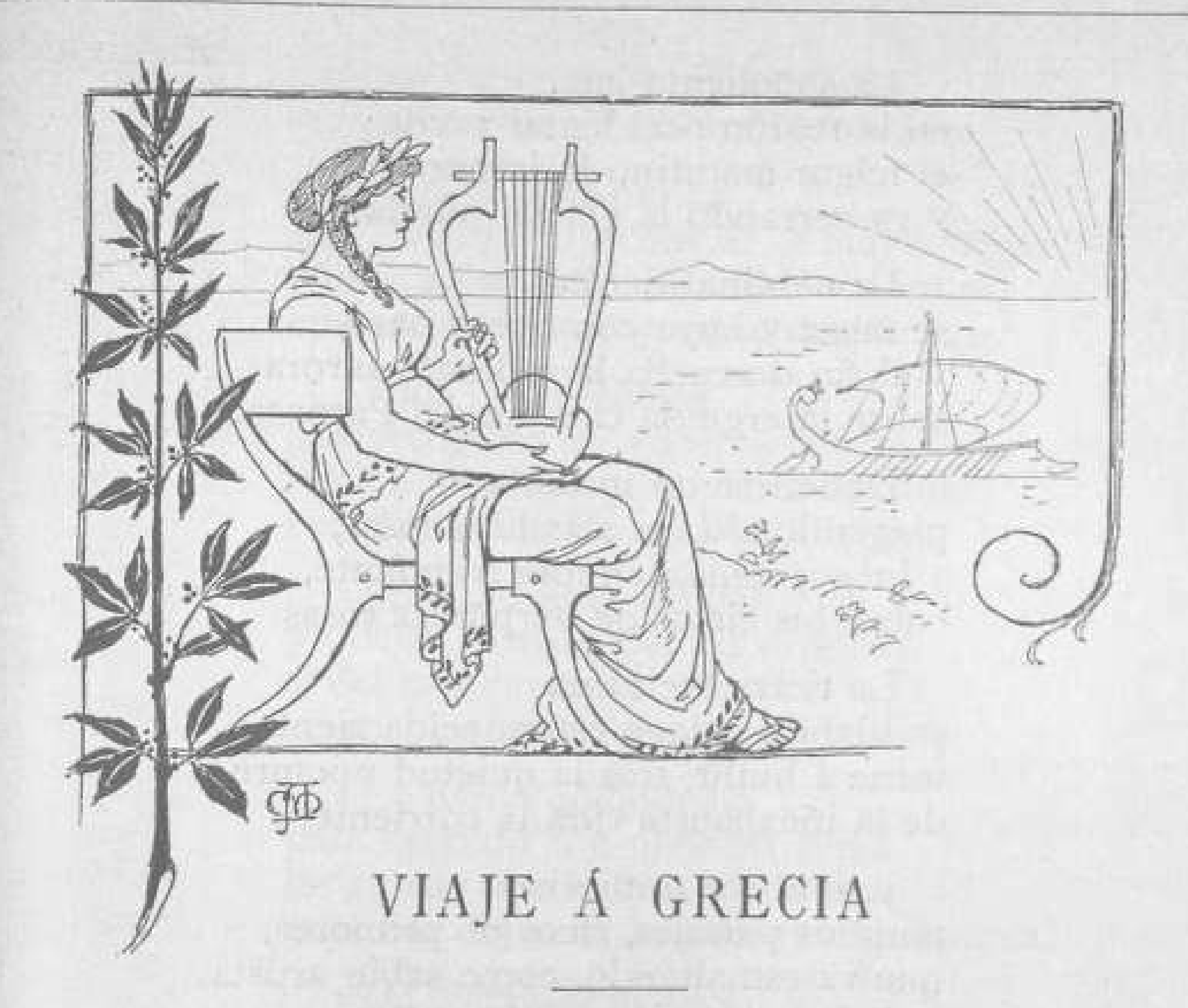
—¡Me importa mucho! Me desconsolaría morir por alguna vieja bigotuda y lacrimosa.

—Sabed que doña Ana, que apenas cuenta veinte años, es la mujer más bella de Madrid.

—Enhorabuena, dijo don Manuel al espirar.

Cátulo Mendes.





VIAJE Á GRECIA

Á JOSÉ RIVAS GROOT

Hacia la playa helena,
que se dibuja en la extensión lejana,
bogando voy sobre la mar serena,
á la primera luz de la mañana,

en mis brazos llevando
de mi existencia al soberano dueño,
que los hermosos párpados cerrando
cede al influjo seductor del sueño.

Y es mi barquilla leve
la concha azul de la deidad de Gnido,
que esbeltos cisnes de color de nieve,
arrastran sobre el piélago dormido.

Coro alado de amores
en torno nuestro presuroso vuela;
uno rige los cisnes voladores,
otro coge los rizos de la vela;

otro, á la marcha atento,
explora el Ponto con mirada viva,
observa el curso del errátil viento,
y de las olas el empuje esquiva.

La soñolienta luna
en la región occidental vacila;
el fulgor matutino la importuna
y va cerrando la glacial pupila.

La neblina incolora
se rasga y huye con ligero paso,
y al fin descuella la radiante aurora
sobre la erguida cumbre del Parnaso.

Detiénese un instante
plegando allí las alas luminosas,
y luego, remontándose triunfante,
cubre los cielos de purpúreas rosas.

La tierra taciturna
su blando halago estremecida siente;
torna á bullir, tras la quietud nocturna,
de la inexhausta vida la corriente,

y se abren á mi vista
amplios paisajes, ricos de primores,
que va esmaltando, como sabio artista,
la helena luz, de vívidos colores.

Yo, con semblante ledo,
vuelto á la hermosa de quien soy cautivo,
pongo en su labio de coral mi dedo
y el dios del sueño se recata esquivo.

Abre los ojos ella,
húmedos, soñadores y profundos,
y ágil irguiendo la cintura bella,
mira surgir desconocidos mundos.

Con hondo anhelo ciño
mi amante brazo en torno de su cuello;
al aire flota, suelto y sin aliño,
en encrespadas ondas su cabello.

Su purpurina boca
se abre al influjo de gentil sonrisa,
y entre los pliegues de la griega toca
luce su frente, como el mármol, lisa.

«Contempla, Ninfa mía,
—clamo entonces—el vasto panorama:
allá la costa, al resplandor del día,
alza la frente y con amor nos llama;

»contempla á opuesta mano
cómo, rasgando de la bruma el velo,

asoman sobre el plácido oceano,
graciosas islas de encantado suelo;

»ve las azules ondas
que entre las conchas de la playa juegan,
cómo, á compás, alzándose redondas,
cual voluptuoso manto se despliegan,

»y los vivos reflejos
que recogidos en vistosos haces
brillan un punto y huyen á lo lejos,
cual la ilusión hermosos y fugaces.

»Mira: su nido agreste
ya dejan, revolando, los alciones,
y del espacio entre el azul celeste
tornasolan sus fúlgidos plumones.

»La parda golondrina
pasa rasando con presteza suma
las aguas, donde flota cristalina,
cual flor del mar, la tremulenta espuma.

»De Nereidas el coro
sale veloz de su recinto umbrío:
vélas peinar la cabellera de oro,
que con sus perlas esmaltó el rocío:

»y los sueltos Tritones,
que inquietos nadan sobre concha breve,
las persiguen con saltos juguetones,
las celan cautos con mirada aleve.

»Mira aquel que tomando
la dulce flauta en que sus celos llora,
le arranca tono tan doliente y blando
que aun á los mudos vientos enamora.

»Los peces su hondo asiento
dejan al eco de las notas suaves,
y en raudo giro llega por el viento
ruidosa banda de marinas aves.»

Así prorrumpo, en tanto
que ya mi barca al puerto se abandona:
ya cerca escucho resonar el canto
que la cigarra en el sembrado entona;

Ya veo alzarse el humo
en espiral de los lejanos techos,
y los olivos en espeso grumo
miro que esmaltan la campiña á trechos.

Y mi pecho palpita
al tocar la región enamorada,
de Dioses y de Genios favorita,
donde vibran al par lira y espada.

. . . .

Cuando suena de pronto
de solemne reloj el toque lento,
y playa y Ninfas y barquilla y Ponto
huyen en confusión del pensamiento.

Y despierto en mi estancia,
donde la sombra á la quietud se aduna:
extraños ruidos se oyen á distancia,
de mi reja al través entra la luna,

y de mi lecho enfrente
en mudos libros levantarse veo
los genios de la Grecia prepotente:
Homero y Safo, Píndaro y Tirteo.

A. Gómez Restrepo.

Bogotá.

CREPÚSCULO

Ya del día los gárrulos rumores
cesando van; ya en torno, opaco velo
ciñe río, ciudad, campiña y cielo
que pierden líneas, formas y colores.

Arde el ocaso en vívidos fulgores
y con la sombra que obscurece el suelo,
bajan en mustio silencioso vuelo
amarguras, recuerdos y dolores...

Sumida en triste insoportable calma
el de sus sueños oriental palacio
contempla aquí desmoronarse el alma.

¡Y allá, á través de la tiniebla obscura,
y en el azul profundo del espacio,
la viva luz del Véspero fulgura!

Moisés Numa Castellanos.

Buenos Aires, Junio de 1894.



LAS DISTRACCIONES
DE
DON ARQUÍMEDES

—

A DÓNDE iba yo?—se dijo de pronto don Arquímedes, deteniendo el paso y colocando el dedo índice de la mano derecha sobre el labio inferior, con aire caviloso.—Porque el caso es, agregó, que yo salí á la calle con algún objeto determinado, y por más que me devano los sesos no acierto á recordar el motivo de esa salida tan urgente... como inexplicable.

Y después de dos minutos de nuevas é infructuosas cavilaciones, y de contemplar, lleno de admiración el frac que llevaba puesto, se dijo alarmado:

—¿Me habré vuelto loco?

Y sin tratar ya de averiguar la causa que le había obligado á salir á la calle, se volvió á su casa con visibles señales de mal humor y se encerró en su gabinete, donde se entregó de nuevo al estudio de su problema favorito,—la cuadratura del círculo,—hasta que, rendido por el cansancio y el sueño, se acostó de rigurosa etiqueta.

Dos horas habría dormido escasamente, cuando vino á despertarle la voz atiplada de doña Celestina, que en la estancia inmediata daba grandes chillidos, como si le sucediese algo grave.

—Es necesario que vea ahora mismo á don Arquímedes, gritaba la buena señora con voz acalorada.

—Es imposible, contestaba el sirviente de nuestro sabio; el señor se acostó al amanecer y no me atrevo á despertarle.

—Pues bien, le despertaré yo, objetaba doña Celestina, cada vez más furiosa; déjeme usted pasar.

—Dispense usted, señora...

—¡Le digo á usted que entraré!

—¡Eso nunca! Para llegar al dormitorio de don Arquímedes tendrá usted que pasar por encima de mi cadáver.

—¡No sea usted animal!

—¿Quién habla aquí de cadáveres? dijo entonces don Arquímedes, apareciendo ante los asombrados ojos de doña Celestina medio dormido aún y vestido de frac.

—Caballero, exclamó la buena señora después de una



breve pausa y con aire imponente; lo que está usted haciendo es una infamia.

—¿Una infamia? repitió don Arquímedes, estupefacto.

—Sí, señor, ¡una infamia!

—Puede ser, acabó por decir don Arquímedes, todo cariacontecido y consternado; hace días que no sé dónde tengo la cabeza y no sería extraño que hubiese cometido alguna barbaridad... ¿Qué más? Aquí me tiene usted, doña Celestina, sin saber todavía por qué me vestí anoche de rigurosa etiqueta. Me he vuelto lo más distraído y desmemoriado...

—¿Conque no lo sabe usted?

—¡Palabra de honor!

—¿Conque no lo sabe usted? insistió doña Celestina, echando fuego por los ojos y subrayando las palabras con un enérgico ademán.

—Vamos, le digo á usted que no, señora.

—¿Conque no sabe usted que en el fondo de un gabinete azul le esperaba, vestida de blanco y ceñida la sien de azahares, la más hermosa de las doncellas?

Don Arquímedes se dió una palmada en la frente y murmuró:

—¡Bárbaro de mí! ¡pues es claro! ¡á eso iba anoche! ¡á casarme! ¡Ya decía yo que por algo me había puesto el frac!

Y volviéndose á doña Celestina, añadió todo colorado y confuso:

—Es verdad, señora; he cometido una falta, pero una falta que no creo imperdonable, puesto que la confieso arrepentido. Usted no sabe lo que es la ciencia, doña Celestina, ni el desorden que reina en el cerebro de los sabios, cuando se trata de esos asuntos... caseros. Estoy á punto de resolver la cuadratura del círculo, uno de los problemas más arduos que preocupan á la humanidad... desde que apareció el primer loco, y me olvido fácilmente de todo aquello que no se relaciona con la anhelada solución de mi problema. Vivo en perpetua abstracción científica, y no es extraño que la figura gentil de esa niña fuese sustituída anoche en mi mente por otras figuras... geométricas, en cuyas líneas quedó preso, como en traidora red, mi pensamiento. Pero si yo no fuí á buscar á mi novia, mi novia, en cambio, pudo haber venido á buscarme á mí.

—¿Y le parece á usted decoroso? gritó escandalizada doña Celestina. ¡Usted no sabe lo que se dice!

—Puede ser, murmuró don Arquímedes, con modestia.

—¡Bonito es el padre de Julia para permitir semejante cosa! ¡él, que es el orgullo personificado!

—No obstante, yo creo...

—Pues cree usted mal; en cuanto alguien insinuó la idea de que era preciso buscar al novio, el buen señor se puso

lívido de cólera y juró levantar la tapa de los sesos al primero que se moviese de su sitio.—No es el amor herido el que ha de enviar sus emisarios, exclamó con aspecto lúgubre; ¡es la honra ofendida la que debe mandar sus padrinos!

—¡Qué escucho! ¿Quiere batirse conmigo mi suegro?

—Sí, señor; está furioso y de un momento á otro recibirá usted la visita de dos amigos de don Lisardo. Dice que la ofensa que le ha inferido usted no puede lavarse más que con sangre.

—¿La ofensa? Pues yo no veo tal ofensa ni mucho menos la necesidad de enmendar distracciones de sabio con estocadas de espadachín.

—¡Vaya unas distracciones las suyas!

—Muy naturales en quien busca como yo la cuadratura del círculo. Desde la excelsa altura de las ciencias exactas se pierde á menudo de vista el pequeño mundo del corazón, átomo de luz apenas perceptible á los ojos del matemático. De ahí que ante los resplandores de la ciencia se oscureciera en mi mente la imagen encantadora de esa mujer, como ante el brillo del sol se funden en el azul del cielo las estrellas.

—Entonces, ¿por qué quiere casarse usted?

—Porque usted se ha empeñado en ello, y, además, porque el matrimonio no es del todo incompatible con las *matemáticas;* ¡como que gracias á él puede *multiplicarse* la humanidad! ¡Ah, señora! ¿cree usted que si no fuese por el deseo de tener quién herede mi nombre y mi fama, se me habría ocurrido siquiera la idea de perder el tiempo en esas cosas? Quien roba á la ciencia el oro del tiempo para derrocharlo alegremente con el amor, más que un sabio, es un insigne majadero.

—Pues nadie creerá en sus distracciones de usted, don Arquímedes. Sólo conozco un individuo que, por distracción también, hizo lo mismo que ha hecho usted, pues cuando el suegro, menos quisquilloso que don Lisardo, fué en su busca, le encontró...

—¿Absorto en la resolución de algún problema matemático?

—No, señor; le encontró *distraído*... con otra.

—Señor, dijo en aquel momento el sirviente de don Arquímedes; ahí hay dos caballeros que preguntan por usted.

—Serán los padrinos de don Lisardo, observó doña Celestina.

—Que pasen, contestó don Arquímedes, sin inmutarse en lo más mínimo.

Doña Celestina se retiró á una habitación contigua y poco



después penetraron en la estancia dos caballeros de aspecto grave, los cuales saludaron ceremoniosamente á don Arquímedes.

—Caballero, dijo uno de ellos con voz pausada y majestuosa; un padre ofendido en lo que más ama, que es el decoro de su hija, ha exigido de nuestra amistad que pidamos á usted, autor del agravio que enrojece su frente, una reparación completa por las armas, reparación que no creemos eluda usted, después de lo sucedido, y al efecto venimos para que se sirva indicarnos las personas con quienes debemos entendernos para arreglar el lance en cuestión.

—Caballero, contestó don Arquímedes; lamento viva-

mente que don Lisardo, á quien estimo y respeto, haya interpretado de una manera tan torcida mi conducta, que en nada menoscaba su decoro. Distracciones y olvidos que se explicará cualquier... matemático, fueron la causa de que anoche faltara á mis deberes de novio, pues absorto en el estudio de problemas científicos que absorben mi atención por completo, olvidé á lo mejor que una niña angelical me esperaba ruborosa y amante al pie de los altares. Cuando una ofensa es involuntaria deja de ser ofensa y sólo un espíritu obcecado puede sentir su herida.

—Sin embargo, caballero, objetó el padrino de don Lisardo, nadie creerá que esos problemas hayan podido absorber su pensamiento hasta el extremo inconcebible de hacerle olvidar la augusta ceremonia que tan imperiosamente reclamaba la presencia de usted.

Don Arquímedes miró con indignación científica á su interlocutor y exclamó exaltándose por grados:

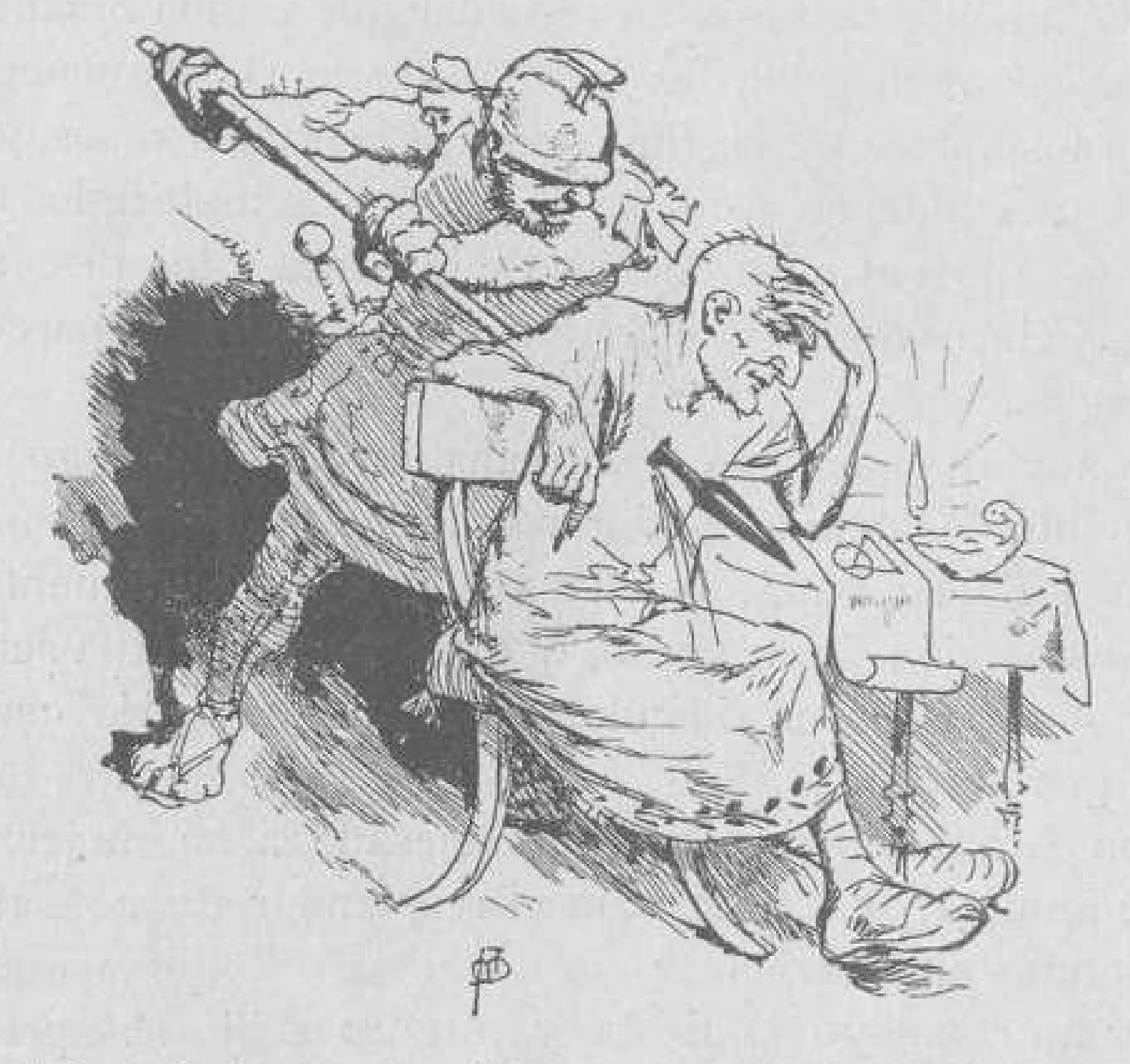
—La ciencia es antes que todo, caballero, y sólo el vulgo indocto podrá no comprender que se olvide por ella hasta la imagen de la mujer adorada en la hora psicológica del amor. ¿Qué vale éste ni qué vale la vida misma ante los inteseses de la ciencia? Recuerde usted á mi tocayo el de Siracusa, que amenazado de muerte por un soldado, le rogó, si bien inútilmente, que le dejara terminar una operación matemática que absorbía por entero su atención, hecho lo cual, nada le importaba morir. ¿Cree usted que el filósofo siracusano no habría sido capaz de olvidarse de su boda, él, que en el momento de resolver el problema propuesto por Hierón, abandonó precipitadamente el baño y recorrió la población entera, sin cambiar *de traje*, lanzando su famoso *eureka*? ¿No es, acaso, más inconcebible que la mía, la *distracción* del inmortal geómetra, al presentarse de tal modo en público? Confiese usted, caballero, que mi conducta se explica perfectamente; pero si don Lisardo se obstina en ver en ella una ofensa á su decoro, no tengo inconveniente en batirme con él... en cuanto haya resuelto la cuadratura del círculo.

Los interlocutores de don Arquímedes cambiaron entre sí

una mirada de inteligencia, y el que hasta entonces había llevado la voz, dijo con amable sonrisa:

—Daremos cuenta á don Lisardo del resultado de nuestra entrevista, y aun procuraremos, caballero, que nuestro ahijado renuncie á llevar la cuestión á extremos tan lamentables, en vista de las leales explicaciones dadas por usted.

Y saludando cortésmente, abandonaron la casa de don Arquímedes, íntimamente persuadidos de que á aquel novio



original le faltaba un tornillo, y que, por lo tanto, no era del todo difícil que se casara, á pesar de triplicarle la edad, con la bella hija de don Lisardo.

—Vamos á ver, dijo doña Celestina saliendo de su escondite, si otra vez se distrae usted hasta el deplorable extremo de olvidar la ceremonia...

—¿Qué ceremonia? preguntó don Arquímedes sorprendido.

—¡Vaya una pregunta! ¡La ceremonia nupcial!

—¡Ah! es verdad, murmuró nuestro sabio; ¡ya se me había olvidado otra vez!

Doña Celestina echó una mirada terrible á don Arquímedes y se fué sin despedirse de él.

Don Lisardo perdonó por fin, lo que no costó poco trabajo, las extrañas distracciones de su yerno, y fijó la boda para la noche siguiente.

Gracias á doña Celestina, don Arquímedes acudió esta vez con exactitud matemática á la cita y se casó sin que se distrajera del todo su atención del objeto de la ceremonia, aun cuando al decirle el cura si quería por esposa á la hija de don Lisardo, no dejase de extrañarle un poco la pregunta. Pero afortunadamente no tardó en recordar que estaba casándose.

Una vez unidos con los lazos de rosas de Himeneo, empezaron los abrazos y lágrimas de rigor en tales casos, y poco después una nutrida orquesta invitaba á la multitud á bailar, transcurriendo entre las delicias de la danza y los placeres de la mesa, cinco horas que á don Arquímedes le parecieron cinco siglos.

La novia, encendida como una cereza, se colgó de su brazo y no le abandonó durante la fiesta, obedeciendo los mandatos de su papá, el cual temía á cada momento una nueva distracción de su yerno, que comprometiera la seriedad del acto y pusiera en ridículo á la familia hasta la cuarta ó quinta generación.

Don Arquímedes miraba embelesado á su mujer y sus ojos se iluminaban á veces con el resplandor de no sabemos qué secretas alegrías.

Por fin concluyó la fiesta y nuestro sabio se apresuró á irse á su casa, sin olvidarse, afortunadamente, de su mujer.

Y al verse en el hogar, libre ya de importunos testigos y de amigos majaderos, dijo suspirando á su hechicera esposa, que, toda turbada y trémula, no acertaba á levantar la mirada del suelo:

—¡Al fin solos!

Y en tanto que Himeneo se disponía á encender su antorcha de reflejos de oro... nuestro sabio se dirigió maquinalmente á su gabinete de estudio, donde permaneció encerrado hasta que la rosada aurora, sonriendo en Oriente, vino á sacarle de la más imperdonable de todas sus distracciones.

CASIMIRO PRIETO.



UNA CHULA

Copia de un cuadro del distinguido pintor español don Vicente Nicolau Cotanda

(De fotografía de los señores Freitas y Castillo)

HIMNO DE VERANO



—Me has dejado casi ciego
con el polvo que levantas.
—No hay agua...
—¡Y qué! no lo niego;
mas, díme: al barrer, ¿no cantas?
¡pues canta el himno *de Riego!*

SONETO

En cristalina copa aljofarada
el embriagante vino centellea
y parece la espuma que chispea
como una perla líquida irisada.
Brilla en su linfa inspiración sagrada,
y reverbera en él la augusta idea.
Cuando el cerebro su vapor caldea
mata el dolor la alegre carcajada.
A veces él nos lleva hasta la altura,
y á veces busca en su raudal el vate
el calor palpitante de su estrofa...
¿Y en el fondo del cáliz?... La locura,
cuanto humilla y sonroja, cuanto abate:
desprecio y crimen y sangrienta mofa!

Ernesto O. Palacio.

Méjico.

MÁRMOL GRIEGO

Brilla en su rostro de Hebe
la juventud eterna de las diosas,
y matiza su carne como nieve
la sangre de las venas de las rosas.

Ajenos á la queja,
en sus labios de adelfas en capullo,
la voz mundana solamente deja
ternuras semejantes al arrullo.

Su imagen, que fulgura,
no inspira al alma tentador empeño,
pues recorre su cándida hermosura
la placidez radiosa del ensueño.

En sus dulces pupilas,
asilo de las sombras encantadas,
reposan inocentes y tranquilas,
como negras palomas, las miradas.

Es negra su corona,
y en relucientes ondas el cabello
con obscuros anillos aprisiona,
como serpiente de ébano, su cuello.

Su aliento adormecido
hinche su seno en curvaturas suaves,
como esponjan ocultas en el nido
el dorso blando voluptuosas aves.

El beso, que convida
con ardiente placer al alma loca,
en ignorada languidez anida,
como inerte crisálida, en su boca.

Bajo puro destello
su noble encanto de mujer encierra
la fría pesadumbre de lo bello
que no fecunda el soplo de la tierra.

Mas tiene delicada
el ímpetu de fuerza contenida,
que al conjuro tenaz de la mirada
hace en el mármol palpitar la vida.

Es para el alma ansiosa,
al amor avezada y al desvelo,
hermosura que sueña y que reposa
con los sagrados éxtasis del cielo.

Así por modos raros
llevar parece entre sencillas galas
sobre su torso helénico de Paros
el estímulo incierto de las alas.

Pero aún así perdida
deja en las almas que sujeta el suelo,
como una vaga sensación de vida
con ternuras y ráfagas de anhelo.

JUSTO A. FACIO.

Guatemala.

* * *

Si contemplo tu frente ancha y serena,
si miro los luceros de tu cara,
siento en el alma la existencia mía
unida á la existencia de tu alma.
Sólo ambiciono tronos de diamantes
para rendirlos á tus breves plantas;
todas las flores de Valencia y Niza
quisiera colocar sobre tu falda,
y del agua del mar hacer cristales
y formarte un palacio de esmeraldas.
Eres á mis sentidos embriagados
el dulce son de cadenciosas arpas,
el ensueño de ardiente fantasía,
el arco esbelto y la marmórea estatua,
los bruñidos espejos de Venecia,
la luna envuelta en transparentes gasas,
el paisaje británico de Otoño,
¡los ojos de mi alma!

C. OSSORIO Y GALLARDO.

EL PEQUEÑO DEPARTAMENTO

La una...

¡Qué noche, Dios mío, qué noche tan triste!

Sentada junto á la cuna de encajes en que descansa el niño dormido, Carolina tirita bajo su abrigo de felpa azul.

Un medroso resplandor alumbra apenas el dormitorio: al través de la bomba sonrosada se ve á la pálida llamita estremecerse como si tuviera miedo. Es que allá fuera el viento ruge y hace crujir los balcones.

Las dos... las dos y media...

Cuando sopla una racha más fuerte que las demás, la madre tapa la cuna con su cuerpecito gentil, todo tembloroso.

¡Que entre, que se anime á entrar el huracán! No ha de llevarse, no, podéis estar seguros, al pequeño durmiente; pero aunque no se lo lleve ¡qué noche, Dios mío, qué noche tan triste!

Las tres... las tres y media... y ¡nada! el traidor no viene!... ¿A dónde habrá ido con una noche semejante? ¿quién será la engañadora que se lo roba del hogar caliente, de su pequeño departamento de la calle Victoria, en donde es tan mimado, tan querido, tan sinceramente idolatrado? ¿Cómo harán esas malas mujeres para arrancar á los hombres al amor de los suyos? ¿Pero hay acaso alguna más bonita que le quiera más que la rubia de negros ojos que vela junto á la cuna del niño dormido?

¿Y la sonrisa de ese niño, el pedazo de cielo que tiene en los ojos? ¡Ah, Mauricio, Mauricio, eres un mal hombre!

Las cuatro... las cinco... y el traidor no viene todavía... Resuenan pasos en la escalera. ¡Es él! ¡Es él! Es Mauricio.

Carolina corre al espejo, se alisa el pelo, vuelve á

sentarse junto á la cuna. Pero los pasos se alejan, se alejan, hasta que se pierden. Será algún vecino retardado...

Las seis... Las seis y media...

Un lívido resplandor azulea en las cortinas de los balcones. Vuelven á oirse pasos y Carolina escucha ansiosa. ¡Oh! lo que es ahora, su corazón le dice que no se engaña.

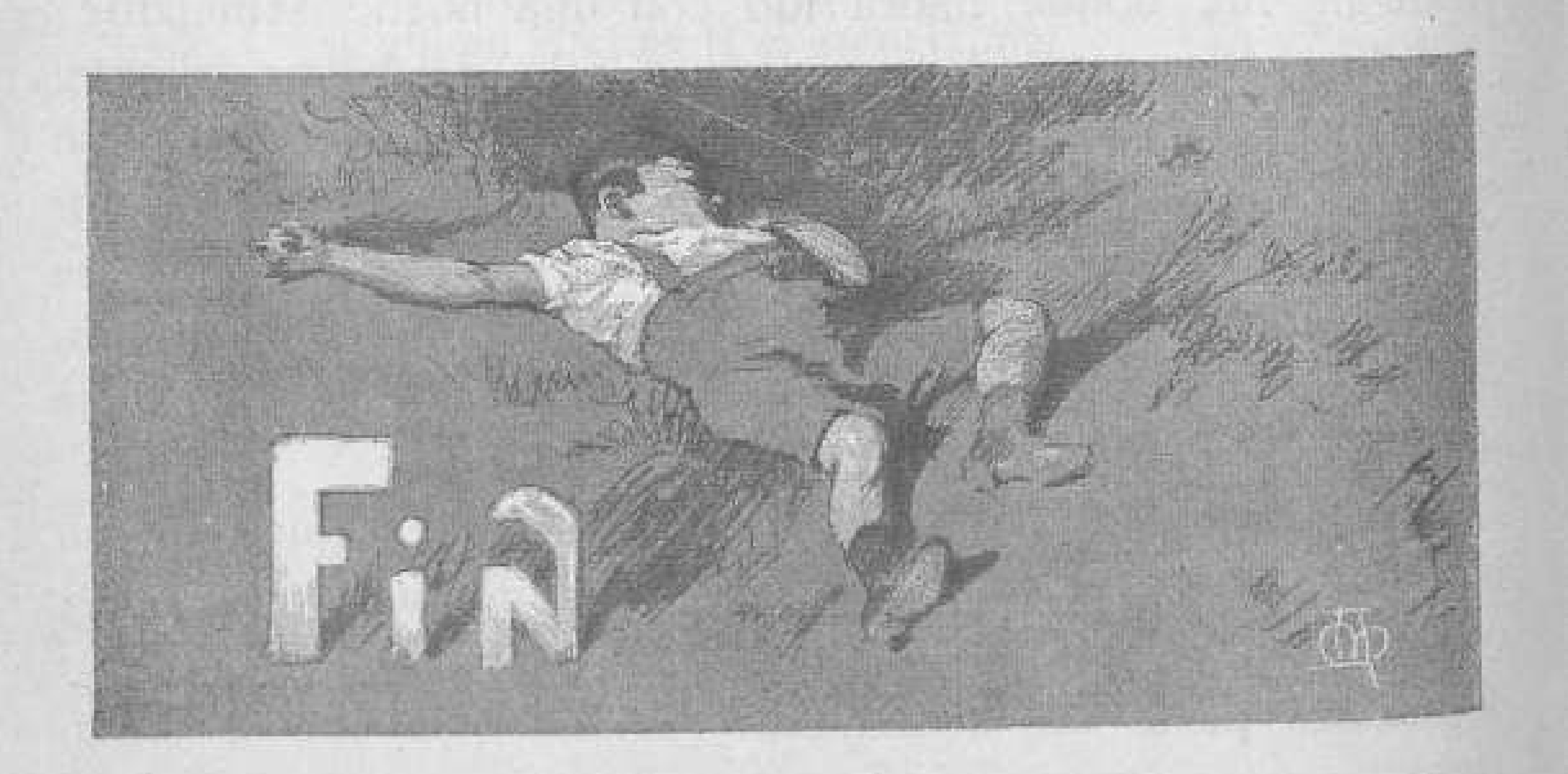
Suena el picaporte: un joven se precipita en la habitación. Lleva las solapas del sobretodo de pieles levantadas hasta los ojos y las manos en los bolsillos. Se descubre. Su cara es igual á la del poeta Byron.

—¡Carolina, Carolina, esta es la última calaverada, te lo juro! ¡Me han engañado, me han engañado miserablemente! ¡Acabo de descubrir una carta de otro amante sobre el mismo corazón de la infiel!... ¡Dios, Dios me ha castigado! pero tú eres más buena y me perdonarás.

Dos brazos le ahogan; y el libertino regenerado siente en la cara las tibias palpitaciones de un seno á cuyo calor dormirá ya siempre, porque al fin ha comprendido que todo es engaño y perdición fuera de su pequeño departamento de la calle Victoria, en donde es tan mimado, tan querido, tan sinceramente idolatrado...

JULIÁN MARTEL.

Buenos Aires.



DICCIONARIO

GEOGRÁFICO ARGENTINO

POR

Francisco Latzina

SEGUNDA EDICIÓN

MAGNÍFICAMENTE ILUSTRADA CON MÁS DE 80 VISTAS DE LA REPÚBLICA ARGENTINA

Contiene más de 22,000 descripciones y cinco apéndices estadísticos

CONDICIONES DE LA SUSCRIPCIÓN

La importante obra DICCIONARIO GEOGRÁFICO ARGENTINO se publica por cuadernos de ocho entregas de cuatro páginas en folio, magníficamente impresas en papel glaseado, tipos nuevos y elegantes, y va adornada con preciosos grabados intercalados en el texto, y un magnífico mapa de la República Argentina.

Cada semana se reparte un cuaderno de ocho entregas con toda puntualidad.

Toda la obra consta de unos 25 cuadernos.

PUNTOS DE SUSCRIPCIÓN

BUENOS AIRES

Librería de EL SIGLO ILUSTRADO

CERRITO, 170 Y 174



Muestra de los grabados que adornan el DICCIONARIO GEOGRÁFICO ARGENTINO